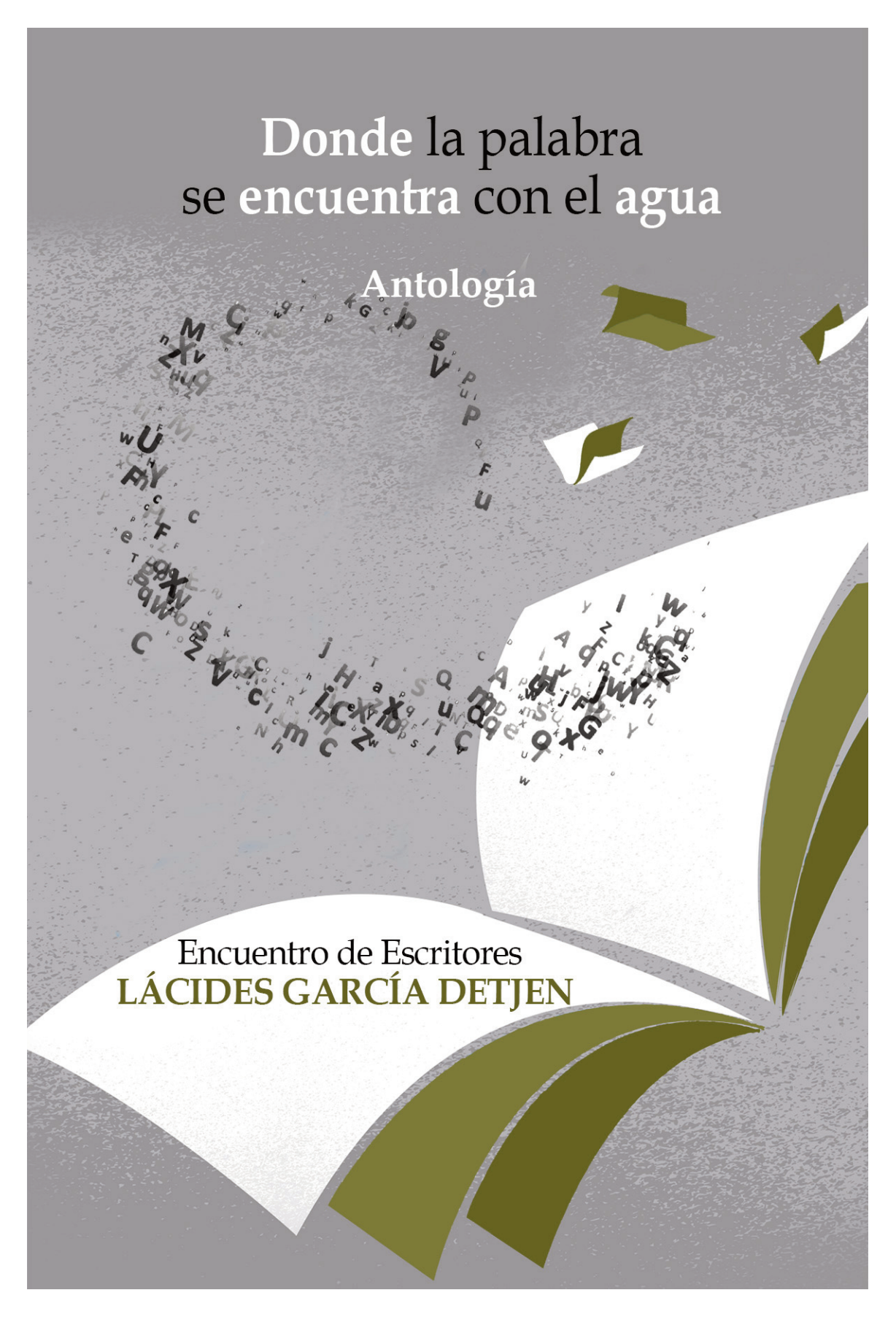


Donde la palabra se encuentra con el agua

Antología

Encuentro de Escritores
LÁCIDES GARCÍA DETJEN



Donde la palabra se encuentra con el agua

Antología

Donde la palabra se encuentra con el agua
Antología

Primera edición en formato digital, 2025.

D. R. © Universidad Olmeca, A.C.,
Carretera federal Villahermosa-Escárcega,
km 14.329 margen derecha, ranchería Coronel
Traconis 3ra sección, C.P. 86265, Centro,
Tabasco, México.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Universidad Olmeca, A.C.

ISBN versión impresa:

ISBN versión digital: 978-970-96938-0-5

Hecho en México / *Made in Mexico.*

Donde la palabra se encuentra con el agua

Antología



UNIVERSIDAD OLMECA

Raíz de sabiduría

*Esta antología está dedicada a la memoria del
Dr. Lácides García Detjen, rector emblemático de
la Universidad Olmeca, cuya visión humanista y
compromiso con la cultura sembraron los
cimientos de este Festival. Su legado vive en cada
página, en cada voz que aquí se levanta,
en cada joven que descubre que leer también
es una forma de transformar el mundo.*

Índice

Prólogo	13
Introducción	15
Narrativa	19
Luis Gámez Naranjo , Fragmento de novela Perros Films	21
Jenny Mariel Domínguez Naranjo , Las raíces de la ditrina. (Un viaje eterno)	29
Pablo Valcasti , Solo es carne	37
Alex Moreno , Un recuerdo de la muerte	43
Joanna Casas Cisneros , Ritual de mesa	53
Gamaliel Sánchez Salinas , Chepito	59
Eliannet Paola García Hernández , El Mago	65
Charla Lineraria	75
Rocío de la Vega Fulgarolas , La importancia de los cuentos para niños	77
Vicente Gómez Montero , Un acercamiento a la obra de Agatha Christie	89
Poesía	97
Enzia Verduchi , Interrogatorio en el psiquiátrico de Volterra I	99

Carlos González Gutiérrez, No quiero ser poeta

Ervey Castillo, Dispersiones

Gustavo Ruiz Pascacio, Un desprotegido reino (Fragmentos)

Virginia María Aguirre Cabrera,

Ensayo

Héctor de Paz, Entre lo naco y lo chido está mi yo profundo (Apuntes sobre identidad y cultura)

Agustín Abreu Cornerio,

Prólogo

El Festival Macondo, en su novena edición, se erige como un espacio de encuentro donde la palabra escrita se convierte en puente de comunidad, memoria y futuro. Este año, la celebración adquiere un significado especial al rendir homenaje póstumo al Dr. Lácides García Detjen, rector emblemático de la Universidad Olmeca, cuya visión y compromiso con la educación y la cultura dejaron una huella indeleble en el sureste mexicano.

La presente antología reúne voces diversas de la poesía, la narrativa y el ensayo, que dialogan entre sí desde distintas generaciones, geografías y sensibilidades. Cada texto aquí compilado es testimonio de la vitalidad literaria de nuestra región y de la fuerza con la que los autores y autoras continúan explorando los territorios de la imaginación, la memoria y la crítica.

El lector encontrará en estas páginas versos que celebran la vida y la naturaleza, relatos que interrogan la identidad y la pertenencia, ensayos que abren rutas de reflexión sobre nuestro tiempo, así como miradas que, desde lo íntimo o lo colectivo, nos invitan a repensar el lugar de la literatura en la sociedad contemporánea.

Más allá de la diversidad de estilos y temáticas, esta compilación comparte un mismo espíritu: el de la palabra como acto de encuentro. En cada lectura se entretajan reso-

nancias que nos recuerdan que la literatura no es un ejercicio solitario, sino un diálogo constante con los otros y con nosotros mismos.

El Festival Macondo 2025 reafirma así su vocación de ser un foro abierto, plural y generoso, donde convergen escritores consagrados y emergentes, y donde la Universidad Olmeca se consolida como un faro cultural en la región. Esta antología es, al mismo tiempo, memoria de lo vivido y promesa de lo que vendrá: un testimonio colectivo que honra el legado del Dr. Lácides García Detjen y proyecta hacia el futuro la fuerza transformadora de la palabra.

Invitamos al lector a recorrer estas páginas con la certeza de que cada voz aquí reunida es parte de un coro mayor: el de una comunidad literaria que sigue creciendo, dialogando y soñando.

Coordinación Editorial
Otoño 2025

Introducción

La presente antología reúne las voces que dieron vida a la novena edición del Festival Macondo, encuentro regional de escritores organizado por la Universidad Olmeca de Tabasco. Durante tres días, del 22 al 24 de octubre de 2025, la palabra se convirtió en territorio compartido: poesía, narrativa, ensayo y charla literaria se entrelazaron en un coro plural que celebra la imaginación, la memoria y el pensamiento crítico.

Este volumen es testimonio de ese diálogo. Aquí convergen autores consagrados y emergentes, provenientes de distintas geografías del sureste mexicano, cuyas obras reflejan la diversidad de estilos, temas y sensibilidades que caracterizan a nuestra región. Cada texto es una invitación a mirar el mundo desde otras perspectivas, a sentirlo con otras voces, a pensarlo con otras preguntas.

La antología adquiere un significado especial al rendir homenaje póstumo al Dr. Lácides García Detjen, rector emblemático de la Universidad Olmeca, cuya visión humanista y compromiso con la cultura dejaron una huella profunda en nuestra comunidad. Su legado vive en cada página, en cada lectura, en cada joven que descubre que leer también es una forma de habitar el mundo.

Acompañadas por semblanzas que perfilan brevemente a cada autor, estas obras conforman un mapa literario

del sureste, un archivo afectivo y crítico que proyecta hacia el futuro la fuerza transformadora de la palabra.

Que esta antología sea, como el Festival mismo, un espacio de encuentro, resonancia y promesa.

¿Quién fue el Dr. Lácides García Detjen?

El Dr. Lácides García Detjen fue mucho más que un académico: fue un sembrador de ideas, un tejedor de comunidad y un custodio de la palabra. Originario de Barranquilla, Colombia, y tabasqueño por convicción, su vida estuvo marcada por el compromiso con la educación, la cultura y el pensamiento crítico. Formado en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México, dedicó décadas de su vida a la docencia, la investigación y la promoción cultural en instituciones como la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (UJAT) y la Universidad Olmeca, donde ejerció como rector y dejó una huella indeleble.

Desde sus primeros años como alfabetizador en el bachillerato, descubrió el poder transformador de la lectura y la escritura. «Transmitir el encanto de leer y escribir para que las personas descubrieran la magia de esos actos reveladores» fue, según sus propias palabras, el motor de su vocación. Su amor por los libros nació en la casa de su abuela materna, donde un baúl lleno de textos se convirtió en su primer universo literario. Acariciar las pastas, recorrer los lomos, sentir las páginas en las yemas de los dedos: para él, leer era un acto de comunicación profunda.

En la UJAT, formó parte del Cuerpo Académico de Innovación, Cultura y Educación, y fue reconocido con el prestigioso galardón Juchimán de Plata en 2017, por su contribución a la vida intelectual y cultural de Tabasco. En la Universidad Olmeca, su liderazgo fue generoso y exigente, atento a cada detalle del campus, a cada actividad académica, a cada conversación entre colegas. «La Universidad era para él más que un trabajo, era realmente su casa», recordaron sus colaboradores en el homenaje que se le rindió durante el tercer Festival Macondo.

Su legado se extiende más allá de los muros universitarios. La Biblioteca y la Sala de Lectura de la Universidad Ol-

meca llevan hoy su nombre, como testimonio de su pasión por el conocimiento y su amor por la comunidad. En 2023, se colocó una cápsula del tiempo con objetos que evocan su presencia, destinada a abrirse en 2043: un gesto simbólico que confirma que su pensamiento sigue acompañándonos.

Lácides García Detjen fue también un lector apasionado de la obra tabasqueña: desde *El verdadero Grijalva* de Francisco J. Santamaría hasta *La Ceiba en llamas* y la poesía de José Carlos Becerra. Su mirada crítica y sensible contribuyó a visibilizar la riqueza literaria de la región y a formar nuevas generaciones de lectores y escritores.

Hoy, en la novena edición del Festival Macondo, evocamos su figura como parte esencial de nuestro espíritu colectivo. Su legado vive en cada libro abierto, en cada conversación profunda, en cada joven que descubre que leer también es una forma de habitar el mundo. A Lácides, el maestro, el rector, el amigo, el tabasqueño por elección, le dedicamos este encuentro de voces que celebran la diversidad, la memoria y la imaginación.



Narrativa

Luis Gámez Naranjo

FRAGMENTO DE NOVELA PERROS FILMS

IV

Cinema Cárdenas

La tía lo estuvo localizando todo el día desde Cárdenas. Ya no tenía el mismo número de celular y tuvo que dejarle un recado a una conocida que le mal contestó sin saber si el recado iba a llegar a su destinatario. Llegó a su departamento después de andar en algunas audiencias judiciales infructuosas, repetitivas, ganaba más un defensor de oficio. También había estado cafeteando en el centro con algunos literatos y politólogos de café en la mismísima Zona Luz del centro de Villahermosa. Traía el sabor de la cafeína bien adherida a la boca, podía sentirse hasta «intelectual», con esa escena de llegar al bunker y rodearse de libros y soledad, una escena donde también cargó su celular y entonces recibió el mensaje que le anunció que el viejo Mateo había muerto.

Ha diferencia de Salvatore de Cinema Paradiso, éste abogado no era un hombre de «éxito», ni se había alejado del pueblo donde tenía enterrado el ombligo; pero sabía que el cine podía atrapar el tiempo, cualquiera que este fuera,

incluso el futuro. Tampoco estaba en una ciudad cosmopolita ni lo esperaba una *bella donna* semidesnuda en la cama. Apagó la luz y se recostó sobre la cama, un perro ladró a lo lejos. Parpadeó para ecualizar la mirada, la cabeza y el recuerdo. La luna que entraba en el cuarto era una fotografía nostálgica. No pudo dormir, sus ojos estaban pelones poniendo play al recuerdo de Mateo y Cárdenas. Ha ese sitio donde conoció la pantalla grande con la tarjeta que el viejo le daba los sábados para ir al cine, una cortesía del Cinema Cárdenas. Con el séptimo arte se pasaron mejor esos años a la orilla del pueblo cañero en aquellos ochentas, sin padres y pocos autos sobre las calles. Ir a jugar con sus amigos al catecismo estaba bien, así como irse de pinta a las chispitas, ir al cine fue la manera en que comenzó a fugarse de lo cotidiano. El abuelo Mateo no le castró la idea del cine, la tarjeta se la habían dado al viejo porque era funcionario de la Profeco. Incluía también pase para dos personas más. Así que la costumbre cinéfila era acompañaba en ocasiones por los primos o amigos. El flashback continuó repitiéndose cuando Mateo le daba los sábados la tarjeta del Cinema Cárdenas, para entrar al mundo de la pantalla grande, a la permanencia voluntaria. Se suspendían las películas a la mitad y se encendían las luces para que la gente fuera a comprar refrescos y palomitas. Las escenas también estaban fuera de pantalla; algunos fumaban en la oscuridad alumbrando como luciérnagas la sala, otros se besaban mostrando una silueta comiendo a la otra. Era un cine grande donde volaban murciélagos que parecían salidos de una película.

Esos fines de semana tuvieron el toque del celuloide, hecho de una fotografía que se ha emperrado en permanecer en su cabeza, terca como la toz de perro, dolorosa como un herpes en el corazón mismo, cargado de una tinta negra de soledad. Se clavó en el cine. No existía esa forma de ir a ver películas llamada Cinépolis. Se sospechaba que algunas imágenes venían cortadas. De todas formas las butacas siempre estaban dispuestas. Vio mucho cine gringo, las de Stallone y las de Schwarzenegger por delante, pero también vio las españolas de los Hombres G: Devuélveme a mi chica y Suéltate el pelo; y una que otra mexicana de los hermanos

Almada. Recordaba esos títulos mientras la noche corría como una cinta sus recuerdos, no cerraba los ojos, tampoco lloró pero le daba temor moverse. Su cara era como una cámara que contenía la película de su infancia. La cocina era para Mateo y él como la cabina de proyección donde se platicaban las escenas diarias. Todo lo recordaba en formato polaroid, riendo, viendo películas, inmerso en algún personaje, el abuelo en sí era un personaje, un Dr Emmett Brown de *Volver al futuro*, una especie de *El Padrino* o el abuelo de *Los Simpson*. Adaptaba frases de películas para decir en la cantina y a él mismo. «*La turba no piensa, no sabe lo que hace, lo decía Spencer Tracy*» le dijo Mateo cuando le contó que habían estrenado *Terminator 2* en el Cinema Cárdenas y la gente ya no entraba. Entonces comenzaron a empujar y tumbaron la puerta de cristal, se rompieron vitrinas y el dueño enfureció; el cine cerró dos semanas. Por eso días al viejo se le estranguló una hernia en plena reunión en el bar Mandioca donde lo llevaron al hospital. Esa noche cuidó de él y lo vio débil, frágil, mientras leía un libro hurgado de su librero, *A sangre fría*. Leyó a Capote debajo de una cama del Seguro Social en Cárdenas, acostado en una colchoneta, con una lámpara. El Cinema Cárdenas volvió abrir y el abuelo se recuperó en casa mientras veía Cablevisión y le decía que Al Pacino, Robert de Niro y Jack Nicholson eran unos actorazos. Llegaron los tiempos preparatorianos y se fue de Cárdenas por siempre jamás. No conocía mucho Villatown y sus laberintos. El amor en el cine es tan natural como en vivo y a todo calor, el amor en el cine se nota y siente puede capturarse, como cuando andaba estrenando una camarita Concord 110EF, de esas que ahora le dicen vintage. Tomaba fotos, las iba a revelar y las coleccionaba. Unos podrán tener amores platónicos, imposibles. Se enamoró de la chava que había llegado a Cárdenas con ese rostro de revista, que parecía tan de lejos, foranea. Era la hija de un viejo banquero. Desde los viernes estaba en el pueblo para verla. La conoció a quemarropa un sábado en la noche saliendo del cine. Eran las once con cinco de la noche y a los dos el viento les movía las ropas y los cabellos, era un día gris, con una fotografía gris bien novelesca que sacaba risas en el pecho.

Con la cámara logró tomarle varias fotos. En esas punzadas del corazón el viejo le aconsejó que se le declarara con un buen argumento de esos de los guiones de cine. Cuajó, el amor cuajó como una gelatina Pronto. Y para él el pueblo era un set cinematográfico bello, bello mientras ella estuviera a su lado en el cine, en las calles y donde fuera. Llegó un mal verano y ella se cambió de ciudad prometiendo regresar constantemente. Fueron días vacíos sin ella, se le hizo un amargo esperar; y llegó a murmurar exactamente las mismas palabras que Salvatore dijo en *Cinema Paradiso* «¿Cuándo terminará este maldito verano? en una película ya se hubiera acabado» En las siguientes vacaciones ella apareció un sábado lluvioso, era de tarde y fue a buscarlo parándose en el portón de casa de los viejos. Replicaron todos los besos de la cinematografía bajo la lluvia. Duró lo que dura una película, visitarlo unas horas fue inventar un buen guion. Se fue y se prometieron lo eterno. No supo nunca más de ella. Entonces él volvió a ver al pueblo como un cascajo aburrido, dejaron de interesarle las películas del cinema Cárdenas; era tiempo de irse y el viejo lo tomó fuerte de la camisa y le dijo al oído: «No regreses. No cedas a la nostalgia. Olvídanos» Igualito como Alfredo le recomendó a Totò en *Cinema Paradiso*.

Había estado en la duermevera toda la noche. Definitivamente no era un hombre de «éxito». Iría al funeral del viejo que lo incitó a irse de ahí. Se bañó, se hizo una torta de huevo, preparó un café Dolca y se fue al ADO rumbo a Cárdenas. En el camino hizo play a una escena pasada, Mateo iba a dejarlo a la estación del ADO los domingos en la tarde. Era una escena con pocos autos en las calles polvorientas y con un ruido de zanates volando a dormir al parque, era algo tristón saberse en un pueblo a la orilla de la carretera, con un viejo en un vocho verde dándole el raid junto a mil setecientas recomendaciones; siempre le daba una caja amarrada con un mecate, en su interior podía llevar queso, limón, aguacate, o alguna fruta o comida sorpresa. Las despedidas duraban poco. Ahora no era el caso.

Llegó al pueblo y se fue a casa de la tía que le había llamado. Ella cuidó del viejo los últimos meses de vida «se

quedó dormidito» le dijo con una cara escurrida en la misma cocina donde le comentó películas, donde pasó más de 30 años viendo cine gringo. Conversaba con la tía frente a la tele con unos audífonos de DJ; ya no escuchaba bien y así veía la televisión. Escaneó la casa. También a diferencia de Salvarore él no había arreglado la casa de su infancia. Ni siquiera eso le había dado al viejo, no era director de cine de «éxito» ni abogado de grandes casos. Lo que les había dado a ese viejo y a esa tía era olvido. Él mismo sentía gacho estar ahí y pensar en el tiempo que no les dio, los muebles, las cortinas, el refrigerador oxidado, todo era una escenografía que trataba de guardar cierta decencia frente a las visitas. No quiso estar en lo poco de tiempo que le quedaba en el velorio de Mateo. Caminó hacia donde había estado el Cinema Cárdenas, ahora era una tienda Coppel y vio los negocios a su alrededor. Todo era un comercio diligente que había enterrado el recuerdo del cine. Ahora con más gente el pueblo ya no se sabía quién moría y quién era. El diario andar siguió como si nada, el pueblo continuó su marcha comerciante y condición de paso; mientras sucedía que unas treinta personas fueron a enterrar al viejo, en una procesión silenciosa, indiferente al cotidiano, caminaron al panteón por toda la Corregidora. Ahora había más carros, motos y menos bicicletas. La vida valía menos, la región estaba infestada de un peligro constante por secuestros y homicidios, una realidad incomprensible que hacía que la gente estuviera alerta. Enterraron a Mateo un viernes de octubre a la una de tarde, en medio del silencio del panteón central del pueblo.

Antes de regresar a Villahermosa se despidió de la tía. No pudo decirle nada trascendente, algo que paliara el recuerdo. Ella le preguntó «¿Por qué ya no vienes, me dicen que vienes por acá y no nos visitas». Le dijo que solamente venía de prisa a trabajar a los juzgados y regresaba a Villahermosa. La tía le entregó una pequeña caja de libros «Toma, dejé esto para ti».

Esa ida a Cárdenas le aturdió la cabeza. No pudo ni cooperar para el entierro. En su departamento abrió la caja, eran algunos libros de Mateo, los reconoció. Venía el libro de *A sangre fría*. Al hojearlo encontró papelitos con la letra

de Mateo. Eran versos inconexos de amor, de ese amor meloso. Siempre le hablaba de amores y bellezas femeninas y le vino a cuenta que el viejo tenía amores imaginarios. Olió los libros y comenzó a hojearlos. Dio con más notas, recibos, viejos números de teléfono, hasta que encontró la tarjeta de Cinema Cárdenas con un enmascarado ya opaco. Le dio risa, en sus ojos se inflaron unos domos de lágrimas que rebotaron en su camisa y cayeron sobre los libros. Esa tarjeta era una prueba de que aquellos años de chavito en Cárdenas habían sido tan felices como los de Totò en Cinema Paradiso, a pesar de las penurias y las ausencias fue algo «*bellísimo*».

Chaplin

Chaplin va caminando por una
calle poco iluminada un sábado
en la noche en el centro de la ciudad
Hasta ahí todo bien
Sólo que este Chaplin es gordito
lleva un saco viejo y jala un
diablito con periódicos que
ya nadie lee
Trae un rostro extraviado
entra a un Oxxo
compra una Coca Cola
y se sienta en la banqueta
a contemplar la noche
como una película muda

Films

Nos vemos a través de la pantalla
en la realidad no podríamos estar
no cabemos

No nos identificamos
es mejor vernos uno a lado del otro
absortos en la pantalla
viendo un *film*

Villatown

¿Poeta?

¿es Villahermosa un peligro para caminantes?

No me preguntes cosas que no puedo contestarte



Semblanza de Luis Gámez Naranjo

Semblanza Luis Gámez. Cárdenas, Tabasco 1979. Escribe cuento, ensayo, novela y poesía. Mediador de lectura del Programa Nacional Salas de Lectura, donde promueve la lectura en parques y Centros de Reinserción Social. Becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes en el 2005 en el área de jóvenes creadores. Autor del libro *Nicolasa en la villa de perros* (IEC, 2008). Su obra se ha publicado en las antologías: *Mujer de miel* (IEC, 2010), *Palimpsestos de tierra húmeda. Ucronías de la historia de México* (UJAR, 2011), *¡Cuentos, joven! Muestra de autores tabasqueños* (Suum Cuique, 2012), *La ausencia del silencio es un plaza vacía. Antología del taller literario Juan Rulfo* (Secretaría de Cultura del Estado de Tabasco, 2019). Tiene inéditos el cuentario *Artefactos*, la novela *Perros Film* y el poemario *Village*.



Jenny Mariel Domínguez Naranjo

LAS RAÍCES DE LA DITRINA.

(Un viaje eterno)

Descansando en el sopor de mi sueño, me estremeció un ruido ensordecedor proveniente del lado izquierdo del coche. Abrí los ojos por el respingo del susto y me tomó unos segundos ser consciente de dónde estaba y qué pasaba: ya casi llegábamos al rancho y, como era costumbre, teníamos que pasar por Santa Rosalía y por lo tanto junto al viejo ingenio azucarero.

Miré por la ventana y enfoqué la vista en el viejo ingenio, culpable de mi susto. Allá, a lo lejos, junto a sus dos grandes chimeneas, chirriaba el pequeño tubo que soltaba al aire un humo gris, como el gris de las nubes de lluvia, pero esta nube artificial no anunciaba la llegada de la lluvia, sino el cambio de turno de los trabajadores del viejo molino azucarero. El ingenio, que la mayoría del año la pasaba cerrado estaba hoy y en esta noche despierto, vivo como solo se le ve durante cuatro o cinco meses en todo el año.

El ingenio era despertado de su largo sueño durante la zafra, pero el resto de los meses que yacía inmóvil y enajenado de la vida del pueblo a su alrededor, causaba miedo

y escalofríos pasar junto a él en una noche tan oscura y en horas tan tardes como esta.

La razón del miedo que me despertaba tal vez fuera nuestro temor a la oscuridad, no había una sola luz encendida en las diez hectáreas de tierra que le pertenecían, y para complicarlo más el único camino rumbo al rancho nos obligaba a rodear a vuelta de rueda una de las inmensas mitades oscura del ingenio, así que en promedio de diez minutos no había más luz a la vista que las luces del coche o la iluminación fantasmal de la luna. Típicamente durante este trayecto no faltaba el familiar que quería hacerse el gracioso, contando o recordando alguna situación o historia de terror sucedida o creada, inspirada en el viejo ingenio, así que el trayecto de manera relativa se volvía más largo y el paso por el mismo más lento.

Pero al menos hoy agradecía el hecho de que estuviera funcionando, por extraño que pareciera, durante la corta temporada de la zafra este sitio parecía mágico, y más que una fábrica daba la ilusión de un parque temático.

Antes de recostarme e intentar dormir de nuevo durante el trayecto que nos falta para llegar a casa, alcancé a divisar en la oscuridad los negros cañales que plagan los costados del pequeño camino, mirando pasar los tallos de caña de manera estrepitosa por la velocidad que llevaba el coche; al mirarlas con atención cae en ti una especie de hipnotismo, porque a pesar del avance de tu paso, todo parece repetirse, una y otra y otra vez.

No recuerdo en qué momento dormí de nuevo, solo recuerdo que empecé a soñar que caminaba descalza por el callejón oscuro cubierto por verde pasto que lleva a la plantación donde está la casa de la bisabuela, y que al mirar al cielo habían millones de estrellas que parecían puntos de alfileres que dejaban filtrar la luz que existía del otro lado del manto nocturno. El fresco aire que se movía a mi alrededor y la luna que lo gobernaba todo, gigante, gris, brillante, yo sentía todo a mi alrededor y rosaba con la punta de los dedos las cañas que se movían al son del viento, presumiendo sus hojas de un color verde esmeralda, no sé si había sonido o era el silencio ensordecedor que imitaba la cacofonía de cien-

tos de chicharras pegadas en los troncos de los árboles de di-trinas, naranjos, cacao y cedros mudando sus hojas de verano.

Sentía la frescura en el rostro, los pechos y las piernas, y podía ver las partículas plateadas en vilo que eran recogidas por el viento en las puntas de las cañas moviéndose rítmicamente como trazando un vals y con el mismo movimiento cadente, desprendiendo poco a poco las pelusas que formaban las flores. No había más luz que la que obsequiaba el cielo, y no existía más reflejo que el que se desprendía de las cañas, y en medio de ellas no existía nadie más que yo.

Abrí los ojos aun sumida en el cansancio del viaje y la mucha luz me molestó después de mi paisaje nocturno. Me di cuenta de que ya estaba en mi cama, junto a esa enorme ventana que daba al patio delantero de la casa; como todas las mañanas que despertaba en el rancho, el viejo higo me saludaba, ese delicado árbol de delgadas ramas; asumí que al llegar por la noche mi padre me trajo a mi cuarto sin despertarme, estaba tan metida en mis sueños que nada sentí.

Esta mañana el cuadro de mi ventana ofrecía ese azul tan hermoso y puro que tiene el cielo en los días soleados de primavera en Santa Ana, pero a diferencia del resto del año, el higo mostraba pequeños frutos no más grandes que una canica de tonalidades rojas y rosas, lo cual me recordó que para esta fecha, por las mañanas, mi ventaba además de ofrecer un bello paisaje también me obsequiaba un concierto privado ofrecido por los pájaros que llegaban a alimentarse junto a ella, pequeños chinchines amarillos, palomitas silvestres y hasta hermosos tucanes; ante todo aquello me quedé hundida en mi cama, acostada boca arriba observando la hermosura del paisaje y rememorando mi paseo nocturno por las plantaciones.

Unos minutos después comencé a notar que mi paisaje de colores pintorescos era invadido por partículas que parecían plumas de colores negro y gris, una a una fueron cayendo hasta que se convirtieron en una lloviecita negra que se mantenía constante cubriendo el cielo; eran las cenizas arrastradas por el aire, transportadas desde de un cañal remoto, plumas negras mensajeras, pensé.

Estas plumas negras utilizaban de transporte algo tan incontrolable como el aire, pero al verlas bailar sobre el viento parecía que lo acariciaban y que él se dejaba poseer por ellas, compás a compás se iban quedando entre las hojas del higo, se estrellaban contra la ventana, y aterrizaban sobre el patio de la casa. La lluvia de cenizas era uno más de los detalles que te recordaban que la zafra había iniciado, pero hoy parecía un velo de presagio que me recordaba la razón de la visita al campo tan fuera de fecha.

Nos vamos en diez minutos, gritó mi padre desde el primer piso. Miré a mi costado y sobre una silla mi madre había dejado el vestido negro que le pertenecía, pero que hoy debía usar yo, ir a la casa de la bisabuela siempre fue un recorrido disfrutable, la oportunidad de ver kilómetros de cielo limpio, andar por caminos lodosos en donde teníamos la libertad de enterrar las botas en los charcos, comer cañas robadas de las plantaciones de los tíos, asustar a las peas corriendo entre las plantaciones de cacao, gritar en el pozo hasta volver loco al eco y espiar en silencio el madreado para poder divisar el movimiento de algún duende oculto entre las ramas o los troncos de los árboles. Tomar el pozol batido en jícara por las manos de la abuela Trina, comer papas voladoras asadas o simplemente meternos en la hamaca a comer castañas en la cocina de la vieja casa en lo que los adultos platicaban tomando café.

Pero hoy, nada estaba permitido, nos lo advirtieron mis padres la noche anterior, caminen detrás de nosotros, no se separen de los abuelos, no deambulen por los alrededores y sobre todo no se asomen al féretro. La bisabuela murió, fue lo único que nos dijeron cuando en Guanajuato subimos de jugar en la alberca; ellos ya hacían esas maletas que interrumpían nuestras vacaciones de verano, solo alcanzamos a ver a la salida del pueblo la serpiente de antorchas del río de gente que subía al cerro de la cueva encantado para la festividad del 31 de julio. Volamos de regreso con un viaje en conexión, aterrizamos con tormenta y tomamos el camino a la casa familiar.

Bajé vestida de negro, con ese vestido incomodo de mamá que según ella me hacía ver como una señorita, año-

raba mis pantalones y las botas que solíamos usar aquí. Ya todos estaban en la camioneta, los más jóvenes sentados en la parte trasera y las señoras al interior, la abuela me miró obligándose a darme una sonrisa y ofreció llevarme en sus piernas. El recorrido fue movido, las lluvias de las noches anteriores desbordaron los drenes, deslavarón las banquetas de tierra y abrieron brechas sobre la trilla, más de una vez el vehículo se quiso atascar, en el paso vimos a gente que cruzaba por las barandillas con los zapatos en las manos, otros caminaban junto a la brecha empujando sus bicicletas con los pantalones doblados hasta las rodillas, los viejos hacendados de sombrero y bigotes iban sobre sus caballos, todos rumbo a la plantación de doña Trina. Trinidad Sánchez, que lo cambió por Domínguez, una bella mujer criolla, orgullosa, alta, de ojos claros y piel pálida que se enamoró de un mestizo más indio que español, sin habilidades para hacer negocios o trabajar el campo, pero un gran sastre, dulce, de gran corazón y temperamento dócil, que la trajo a vivir en estas tierras cuando aún estaban prácticamente vacías, incluso sin cultivar, pero ella hizo de este sitio su hogar, su jardín lleno de flores silvestres de aspecto exótico eran su orgullo, sus frutas que producían por temporada nunca la dejaron sin disfrutar sus manjares y los animales bajo su mano se multiplicaron tanto como los hijos, siempre sin contratiempo. Estas tierras eran su dominio, nada se hacía antes y después del abuelo si no era por voz de doña Trina.

Al llegar, el patio se veía distinto, la abuela dijo que hubo tormenta la noche de la muerte y que entre la ventisca y los truenos un rayo cayó sobre el caimito sexagenario que había estado junto al pozo del patio toda mi vida, el golpe lo partió en dos y hoy solo quedaba el palo quemado sin ramas, la luz de ese sitio parecía haberse apagado, o era el gris del día que amenazaba con llover o la tristeza que nos embargaba a todos, como sea todo parecía gris, mi cielo azul había desaparecido.

Todos comenzaron a dar el pásame a nuestro paso, en el corredor los ancianos se brindaban las palabras de aliento y las letanías acostumbradas ante la pérdida de la matriarca; desobedecí, no podía estar más en aquel aglomera-

miento, tomé la mano de mi hermano, quien pareció compartir mi pensamiento, y abandonamos el corredor por entre la gente.

La hacienda se encontraba más tenebrosa que de costumbre, no se escuchaban los pájaros que cantaban normalmente en las ramas de las carambolas, ni los pollos que picoteaban entre las hojas a los pies de los árboles, los caballos estaban en el corral y toda la gente se situaba alrededor de la casa y sus corredores, caminamos tomados de la mano bajo los naranjos, el aire movía las ramas y el cielo parecía anochecer cuando aún no era más que el mediodía.

No hay que entrar al madreado – dijo mi hermano.

Lo miré y asentí. Solo sentémonos junto al corral de los pollos, le dije. Estuvimos largo tiempo con los pies colgados desde la barda pequeña que dividía el corral del patio, unas gotas de lluvia nos cayeron sobre el rostro, era inevitable la lluvia. Pandero, el perro de la bisabuela, paso junto a nosotros, caminó con prisa en dirección a la zona clara que despejaba las ramas de la ditrina, movía su cola mientras veía en esa dirección, dicen que los perros ven cosas primero que nosotros, nadie en su sano juicio lo habría seguido, pero algo cálido llamaba desde la raíz del árbol, nos bajamos con cuidado y caminamos en dirección de lo que el can veía, rodeamos el inmenso tronco de la vieja ditrina, en su lado oculto había una silla aconchada contra el árbol, Pandero se echó en sus pies y nos miró como esperando que hiciéramos lo mismo, ahí no hacía frío, el cielo no se veía, pero la luz que se colaba entre las ramas filtraba rayos similares al sol.

Un olor a gardenias se percibía en el aire, no podía ser algo malo o el perro ladraría, las flores de un galán de noche sembrado en las cercanías caían sobre el pequeño páramo. Vinieron a despedirse, dijo una voz. Volteamos a nuestras espaldas esperando ver a una de mis tías, pero no había nadie; al regresar la mirada ahí estaba doña Trinidad en su silla, acariciando a Pandero, con su mandil de cintura puesto, su vestido amarillo de mangas y cuello alto, sus peinetas de jade a los costados de la cabeza sosteniendo su bello pelo blanco. No les gustó el gentío, dijo. A mí tampoco, por eso elegí vivir aquí. Unas peas comenzaron a trinar al centro de

la plantación y volaron desde las ramas de los cedros, nos distrajimos solo unos segundos, pero la bisabuela ya se había parado y nos daba la espalda caminando rumbo a los cañales.

Pandero se levantó, bostezó, sacudió la cola, estiró las patas y con paso lento empezó su regreso rumbo a la casa, se detuvo para mirarnos, buscamos de nuevo a la bisabuela, pero solo un punto amarillo se alcanzaba a divisar a la distancia, miramos de nuevo al perro y lo seguimos, no hubo temor en ese momento, solo la sensación de un abrazo cálido.

La gente comenzó a dispersarse caminando con sus candiles en esa oscuridad en procesión rumbo a la comunidad. Empezaba la vigilia de la familia, se encendieron fuegos en los patios, candiles en las veredas, y ni una sola estrella en la noche. No dormiríamos, hoy no soñaría con los cañales y las plantaciones, hoy me rodeaban en realidad, hoy no habría ni pesadillas ni sueños, no era posible porque la gran di-trina de ciento tres años había partido por fin junto al naranjo.



Semblanza de Jenny Mariel Domínguez Naranjo

Nació en Cárdenas, Tab., en 1990. Es maestrante en Educación por la Universidad Pedagógico Nacional unidad Villahermosa; Licenciada en Intervención Educativa por la misma institución, y diplomada en Creación Literaria por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Instituto Nacional de Bellas Artes INBAL en 2011; en 2013 se certificó como Promotora Cultural por el CONACULTA. En 2012 realizó estudios complementarios universitarios en narrativa, microhistoria y diagnóstico regional junto al historiador Ciprián Cabrera Bernat. En 2019 fue ganadora del programa editorial de la secretaria de cultura del estado de Tabasco con la publicación en 2021 de su primer libro *A mi padre lo mato la Nauyaca y otras historias del abuelo Maximiliano*. Actualmente es docente de nivel primaria, asesora universitaria y promotora cultura.



Pablo Valcasti

SOLO ES CARNE

En la Ciudad de Gaza, lugar casi inexistente a causa del ejército israelí, donde lo que allí quedaba eran espíritus que vagaban entre el humo y el silencio de la guerra, todavía quedaban en pie algunas casas que habían tenido la suerte de aún no ser derrumbadas por los constantes bombardeos. En una de ellas, polvorienta, con grietas como cicatrices que atravesaban sus muros, ventanas rotas y una puerta de madera tambaleante, dentro sobrevivía una familia: Hamil, un padre de cincuenta y tres años, había sufrido una herida en la pierna, la cauterizaron para parar el sangrado, lo vendaron, pero debía de permanecer postrado, cada movimiento era un tormento que avivaba el dolor y ardor. A su lado estaban sus hijas: Amina, de veinte años, y Amira, de dieciocho. Ellas cuidaban de él, no podían perderlo así como a su madre semanas atrás, desde entonces, Amina y Amira cuidaban de su padre como podían.

La casa olía a polvo, a humo de bombas. Afuera, los drones zumbaban como enjambres de insectos metálicos, seguidos de explosiones que hacían vibrar el suelo. Cada vez que el estruendo se acercaba, las dos jóvenes corrían a abrazarse una a la otra, temiendo que la siguiente bomba fuera la última. Estaban atrapados, si salían de casa podían captu-

rarlas o matarlas, pero si le quedaban, en cualquier momento, la casa podría ser derrumbada por alguna explosión, al igual que las demás. Aparte no podían abandonar a su padre que no podía caminar. Su única esperanza era que la guerra diera fin y pudieran buscar atención médica.

Después de horas de disparos, la puerta de su hogar se abrió con un golpe seco. Cuatro hombres armados entraron sin pedir permiso. Amira, que estaba en la sala, corrió hacia la habitación con su padre y su hermana, un hombre, con un fusil entre las manos, exploraba el hogar, y al llegar donde la familia se quedó viendo fijamente a las mujeres que abrazaban a su padre. Entre sollozos, después de un momento, contemplando tal escena, se presentó:

— Soy Adnan, capitán de este pelotón — pausó —. No lloren, no les haremos nada. Esta casa será nuestro refugio en lo que contactamos al resto del escuadrón.

Tras él venían tres hombres de aspecto duro, con tatuajes en los brazos, con sonrisas torcidas. No eran soldados comunes: eran ex convictos, liberados de prisión para participar en la guerra, eran asesinos y mercenarios. Las hijas se paralizaron. Se aferraron una a la otra, intentando disimular el miedo. El padre trató de incorporarse, pero la herida lo devolvió al suelo. Uno de los hombres, llamado Karim, apuntó con su arma hacia la familia, pero Adnan levantó su brazo y lo detuvo, diciendo que la guerra no era contra ellos. Karim, bajo su arma, refunfuñó y salió de la habitación junto a los otros dos ex convictos.

— Gracias por prestarnos su casa — sonrió Adnan y salió de la habitación.

Los hombres se instalaron como si fueran dueños del lugar. Bebieron agua, licor y devoraron la reserva de comida que tenía la familia. Obligaban a las dos hijas a cocinarles y atenderles como sirvientas, a pesar de que Adnan las defendía, en una que otra ocasión, el resto de su escuadra, aprovechaba para manosearlas. Al quedar asociados, las sobras de alimento se las daban a las mujeres y ellas por el hambre, la aseguraban, dejando siempre una parte para su padre, Hamil, aunque tenían las órdenes de no darle ni migajas, pues los soldados pensaban que alimentarlo, sólo era un des-

perdicio de alimentos, pues tardó temprano, moriría por su pierna que, al retirar el vendaje, comenzaba a mostrar signos de infección y que, por lo mismo, ya presentaba fiebre, que las hijas intentaban moderar con palos de agua. A escondidas, guardaban migajas para su padre. Al paso de dos días, las mujeres comenzaron a refugiarse en el general Adnan, a pesar de que era un enemigo, era el menos malo de los invasores, cada vez que los convictos intentaban acercarse demasiado, bastaba su mirada severa para detenerlos. Aun así, el ambiente era asfixiante. Dormían con miedo, despertaban con miedo, respiraban miedo.

Una tarde, Adnan se asomó por la ventana para vigilar el exterior. El disparo llegó como un relámpago: una bala le atravesó el cráneo. Cayó sobre el suelo, y su sangre salpicó al escuadrón y a Amira, que gritó como nunca había gritado. Amina salió rápidamente al encuentro con su hermana y Hamil intentó arrastrarse hasta ellas, gritando qué sucedía. Arrastrado en el cuerpo de Adnan hacia dentro de la casa, y cerraron la puerta, los tres hombres parados frente al cuerpo, comenzaron a disputar, quien debía de comandar ahora, y por jerarquía, Karim tomó el mando, voló a ver a las mujeres y ellas corrieron hacia el cuarto donde se encontraba su padre.

Desde ese día, la casa se convirtió en un infierno. Karim imponía su crueldad, y los otros dos lo seguían. Comían todo lo que encontraban, bebían hasta saciarse. A las muchachas ya no les dejaban sobras. Ellas tenían que lamer el plato sucio que ellos dejaban, pero a su padre ya no podían darles comida, pues ni para ellas tenían.

El hambre quemaba. Hamil pedía, balbuceaba con labios partidos:

—Solo un pedazo... solo un poco... —clamaba delirante.

Karim se acercó la mañana siguiente al cuarto de Hamil, él dormía y para despertarlo, sujetó su pierna, herida, apretándola hasta volverla a hacer sangrar. Una vez despierto, le preguntó:

—¿Quieres comer, viejo? —Con una gran sonrisa poniéndose frente a él, dándole palmadas en la cara—. Lamento

decirte que se agotó la comida en esta casa. Mire el lado bueno, hoy nos iremos de aquí. Pero antes queremos jugar. Te prometo que después de eso te daremos de comer.

Hamil intentó hablar, pero su voz no salía. Su garganta estaba seca. Pero tenuamente, logró preguntar dónde estaban sus hijas. El ex convicto salió de la habitación y gritos comenzaron a oírse. El padre gritó, lloró, con desesperación, intentó ir hacia donde sus hijas estaban, sólo para ver la escena de cómo los soldados hacían con ellas lo que querían. Golpeaba el suelo con sus manos inútiles y pedía piedad. El eco de los sollozos de las muchachas quedó grabado en su alma, el mundo se despedazaba frente a sus ojos, sudaba, gotas grandes, no por la fiebre, sino por la impotencia y desesperación.

Cuando todo terminó, Karim ordenó que las mujeres se arrodillaran, ellas en un río de llanto, eran obligadas.

—Muy bien, ya nos divertimos —dijo Karim viendo al padre de las chicas—, lo prometido es deuda —tomó un rifle y apuntó hacia las jóvenes mientras suplicaba la familia, que por favor no lo hiciera y tuviera piedad—: ahora tendrás tu comida.

Los disparos sonaron dentro de la sala, más fuertes que cualquier bomba. Amina y Amira cayeron juntas, abrazadas, como si todavía intentaran protegerse. Hamil soltó un alarido que no parecía humano. Era un rugido de dolor, de impotencia. Karim se inclinó hacia él y dijo:

—Mira, anciano. Aquí está tu comida. Al final, solo es carne.

Los soldados cortaron pedazos de aquellas mujeres y obligaron al hombre a comerlos. Hamil fue golpeado y torturado para tragar uno que otro trozo de carne, luego de eso los soldados se marcharon, dejando la casa en silencio. Hamil quedó solo, rodeado por los cuerpos de sus hijas, perdido entre fiebre y hambre. Comenzó a delirar, a acariciar los cabellos de Amina y Amira. El tiempo dejó de existir. No hubo días ni noches, solo sombras y palabras rotas.

Dos días después, llegó a la casa, Yusef, hermano de Hamil. Había recorrido un largo camino para lograr encontrarlos. Cuando entró en la casa, vio el esqueleto, de quien,

en alguna vez fue Adnan, y posterior a su hermano encorvado, con los ojos hundidos, frente al cadáver mordisqueado de sus hijas, repitiendo:

—Solo es carne... solo es carne...

Yusef se arrodilló a su lado, lo abrazó con lágrimas en los ojos.

—Hermano, soy yo, Yusef, vine a llevarte conmigo.

Pero Hamil no reaccionaba. Sus labios seguían murmurando la misma frase, como un rezo. La guerra seguía sonando a lo lejos, indiferente. Yusef lo levantó en brazos, caminaron por la casa, y notó que habían celulares en la mesa, los tomó y al desbloquearlos, vio el contenido que guardaban, videos de lo que en ese lugar se había vivido. Yusef pudo comprender porqué ahora su hermano no repetía nada más que:

—Solo es carne...

Basado en hechos reales.



Semblanza de Pablo Valcasti

Nacido en Jalpa de Méndez en 2001, es autor de la novela *El peor fracaso de mi mayor logro* (2022), con distribución internacional. Ha participado en ferias del libro en México y el extranjero, y ha sido publicado en revistas como *Valores* y la de la Secretaría de Arte y Cultura Nacional de Morena. En 2023 coordinó el movimiento «Jóvenes con Marcelo» y fue candidato a regidor en 2024. Es presidente de Jóvenes Trabajando Jalpa de Méndez y CEO de Valcasti's ¡Tesoro de piratas! Imparte talleres y cápsulas literarias en radio, y en 2025 fue nombrado Embajador de la Ruta Macondo del Caribe en Cartagena, Colombia.



Alex Moreno

Un recuerdo de la muerte

No soy, me llamo, Alejandro.

Alejandro Ahumada

Se afirma con cierta unanimidad que la muerte es lo único seguro que tenemos. Iterativo, *tangrámico*, sin hacer alarde de una originalidad que no me es propia, he optado por afirmar que la vida es lo único inevitable cuando en ella despertamos.

No podemos tener a la muerte, ni a quien se mata la muerte se da: antes del primer amanecer nuestra forma era ya la del olvido, ese polvo común en que se fragua el retorno irrefrenable del cual todas las cosas anuncian, como el soneto de Quevedo en que, sin paradoja alguna, declara ver en los objetos que le rodean un «*recuerdo de la muerte*».

(El Protagonista abre los ojos. Entra el mundo a escena. En la audiencia hay algunas voces que debaten si los colores del cielo representan el amanecer o el anochecer. Como la escenografía es inmutable y el tiempo no ha tomado forma, su discusión resulta irrelevante. Sobre la tarima, se representa un campo cubierto de pasto con una alfombra verde. Se aprecia una lápida al centro con inscripción

nes indistinguibles, bajo la sombra de un árbol con algunas pocas hojas secas. Un pájaro canta a lo lejos y la voz es instaurada en el universo.)

Protagonista

(Parado frente a la lápida, la mira fijamente dando la espalda al público. Toma entre sus manos el libro que llevaba bajo el brazo, lo abre y comienza a deshojarlo pausadamente mientras habla, arrojando las páginas a la tumba que se niega a responder.)

En sus esfuerzos por combatir la muerte, el ser humano ha ingeniado diversas formas para permanecer tras su destrucción terrenal, para que los nombres que han partido no hagan falta en las conversaciones luego de que sus cuerpos se ausenten. Exceptuando la procreación, cuya desacertada idea de vivir a través del otro resulta más bien en un acto de sustitución, ha sido el arte la avenida principal en que se ha buscado la vida más allá de la propia, que poco a poco desde que nacemos vamos perdiendo.

Pero de todas las expresiones artísticas, en tu empeño por suceder a la mortal memoria elegiste la escritura. ¿Si recito alguno de tus poemas, si recuerdo alguno de tus versos, acaso alguna parte de tu consciencia es conjurada? ¿Tu alma incorpórea, si existe, puede sentir lo que siento al barajar en mi lengua tus metáforas? ¿O tal vez en el polvo de mis libros duermes, Alan o Alison o Ariel? ¿Cuál era tu nombre?

(Erosionado por los años y el olvido, el epitafio se resiste a la lectura. El juego de sombras que produce el viento al mover las hojas del árbol cambia las inscripciones en la roca desde su pasado, reescribiendo sus formas presentes.)

Protagonista

(Ha terminado de deshojar el libro y arroja también los forros.)

Debajo de esta tierra, tu esqueleto inverte — es decir, ya carente de verbo — aunque lo mencione ni sustantivo es, porque has dejado de ser sustancia de este mundo.

(El Protagonista toma del bolsillo de su saco una flor y la deja caer también frente a la losa. La especie de la flor y su origen son determinados por el lector tras leer la palabra «flor».)

Alto. Antes de proseguir, me embarga una duda indescifrable: ¿cuántas historias habría albergado la boca ahora desparecida de la persona difunta? ¿Cuántos habrán partido sin haber dejado testimonio de su tránsito por la tierra, para luego ser enterrados debajo de ella? De estas cavilaciones surgieron las siguientes líneas:

Bajo esta tierra
yace una biblioteca
inalcanzable.

Prosigamos. Que, aún sin forma en el reloj, la inagotable flecha del tiempo no termina de herir.

(Entra a escena el Espíritu. De hecho, ya estaba en el escenario. Todo el tiempo estuvo detrás del árbol. O al menos eso asegura. Su incorporeidad y visibilidad inconstante hacen difícil su comprobación.)

ESPÍRITU

¿A quién le hablas, muchacho? No hay aquí quien te escuche, además de mí. Bueno, también está aquello que teje la narración de nuestras vidas, pero dudo que conteste. No responde ni a nuestras muertes. *(Señala a la tumba.)* No respondió a la suya.

PROTAGONISTA

Sólo hablaba conmigo mismo. Y desafortunadamente, tampoco me doy respuesta.

ESPÍRITU

También hablabas conmigo, sin saberlo. Podemos conversar, si así lo deseas, aunque poseo más preguntas que respuestas. Está en mi naturaleza.

PROTAGONISTA

Ahora que sé que hablo contigo, ¿por qué no te presentas? ¿Quién eres? Dime cómo te llamas, para conocerte.

ESPÍRITU

Escucharlo no te dirá quién soy, ya que no soy mi nombre. No es único como yo lo soy, por lo tanto no me pertenece. Y tampoco mi esencia es pertenencia de mi nombre. Pero ya que preguntaste: no soy, me llamo...

(Inserta el Lector la identidad del Espíritu y al imaginarlo le concede una voz, cuya descripción reside en su mente y, en consecuencia, fuera de este texto. Por ello, sus motivos no podrán ser inferidos por otros lectores ni por el Autor. Debido a esta imposibilidad, el Protagonista no puede repetir su nombre en las líneas siguientes.)

La frustración del Protagonista de no poder repetir el nombre del Espíritu es un reflejo de mi frustración como Narrador por no poder escribirlo tampoco. Sin embargo, de esta frustración surgió el siguiente poema:

Maniática noria fantasma
— la escritura —
cómo llueve en esta peregrinación intravenosa
de tinta y sangre
que horada el papel que es mi piel y la tuya.

Facsímil amargo, el poema
es el sitio más favorable para la muerte:
sobre los renglones las letras
esperan el siempre final atropello.

Infructuosa, mi pluma
abriga el blanco sin cuajar,
donde no pude hacer nacer tu nombre.

Pero tan pronto como surgió, el poema se desvanece para dar paso a las líneas siguientes.

(Una vez escrito, el poema no desaparece. Existe siempre en las líneas anteriores. El Narrador entonces lee de nuevo el poema y se pregunta qué pensaría su psicólogo ante la mención de aquello de la pluma infructuosa. Lo que en verdad debería preguntarse es si acaso gana algo el verso con esa aliteración de «hacer nacer» en el último renglón o si más bien resulta una distracción.)

He dicho que tan pronto como surgió, el poema se desvanece. En presencia de un Narrador, la existencia de las aco-taciones no es más que una trivialidad.

(El Narrador no parece haberse percatado que en un guion no debería existir un Narrador, que su presencia es la que sobra aquí.)

Sin embargo puedo decir, por ejemplo, que el Espíritu continúa su explicación:

ESPÍRITU

...y si un nombre pudiera habitarse, mi casa estaría ya en ruinas. Si un nombre pudiera pertenecerme, ¿dejaría de ser mío al ser olvidado por alguien más? En ese caso, el nombre nunca fue mío, por lo tanto tampoco mi vida. Y si tampoco lo es nuestra muerte, como afirmas, ¿qué somos después del olvido?

PROTAGONISTA

No sé siquiera si antes del olvido somos algo. Se dice que Thot, dios egipcio y escribano, podía ver la esencia real de todas las cosas. Miope de esencias en la platónica cueva de mi lenguaje, no aspiro a ver más allá de las sombras que me fueron concedidas.

Siendo yo mismo sombra del ideal de mi propio cuerpo, desde que llegué a la vida soy un muerto que anda entre muertos.

ESPÍRITU

Si es verdad lo que dices, debo guardar las formas y guardar un minuto de silencio.

(El Espíritu cierra los ojos y baja suavemente su cabeza. El Protagonista saca de su saco un reloj de bolsillo y lo abre. Tras el cristal no hay manecillas ni números, sólo una pluma ensangrentada. Da un fugaz vistazo y lo cierra. Han pasado sólo diez segundos pero decide romper el silencio.)

PROTAGONISTA

Has guardado ya incontables minutos en silencio, antes de que te hicieras visible ante mí. Mejor dime, ¿acaso fuiste tú un ser vivo? ¿O eres acaso dios, ángel, demonio o aparición, cuya naturaleza ha sido siempre la del espíritu?

¿Acaso fuimos nosotros sustancia etérea antes del nacimiento? ¿Nuestra esencia continuará existiendo después de nuestra muerte? Si nosotros no poseemos sino que somos un alma, ¿no somos nosotros espíritus también? Pensando en ello, los siguientes versos lleg...

(El Autor no consideró pertinente responder a esas preguntas. No consideró siquiera hacer esas preguntas, ya que el Lector es quien debiera hacerse dichos cuestionamientos.)

ESPÍRITU

Si eres alma eso soy. Si tu alma no existe tampoco yo. Y si yo no existo y tú tampoco, es el Lector, si es que existe, quien ha hablado solo todo este tiempo.

(El Espíritu desaparece de la vista. Su incorporeidad hace imposible saber si salió de escena realmente.)

Las distintas piezas que forman la escenografía se deslizan sobre la tarima, se enrollan, se mueven y se levantan por obra de seres que visten prendas negras para evitar ser vistos por el público, hasta que todo desaparece tras bambalinas.

(El Protagonista gira para mirar de frente las butacas vacías.)

El escotillón debajo de sus pies comienza a descender lentamente. Las luces del escenario comienzan a apagarse. Desde la oscuridad del foso, se oye algo como el sonido que hacen las palas o las palmas, una lluvia de aplausos como el golpe sordo de la tierra al caer sobre más tierra.

Con una mano en el pecho y otra en la espalda, el Protagonista hace una honda reverencia.

Después de un breve silencio, se oye un murmullo. Un pequeño grupo de personas se ha reunido alrededor de la trampilla. Alguien arriba llora. Alguien más lanza una flor de especie dictaminada por el Lector. Otra persona más se pregunta:

(El escotillón debajo de sus pies comienza a descender lentamente. Las luces del escenario comienzan a apagarse. Desde la oscuridad del foso, se oye algo como el sonido que hacen las palas o las palmas, una lluvia de aplausos como el golpe sordo de la tierra al caer sobre más tierra.)

(Con una mano en el pecho y otra en la espalda, el Protagonista hace una honda reverencia.)

(Después de un breve silencio, se oye un murmullo. Un pequeño grupo de personas se ha reunido alrededor de la trampilla. Alguien arriba llora. Alguien más lanza una flor de especie dictaminada por el Lector. Otra persona más se pregunta:

¿Cuál era su nombre?

ESPÍRITU

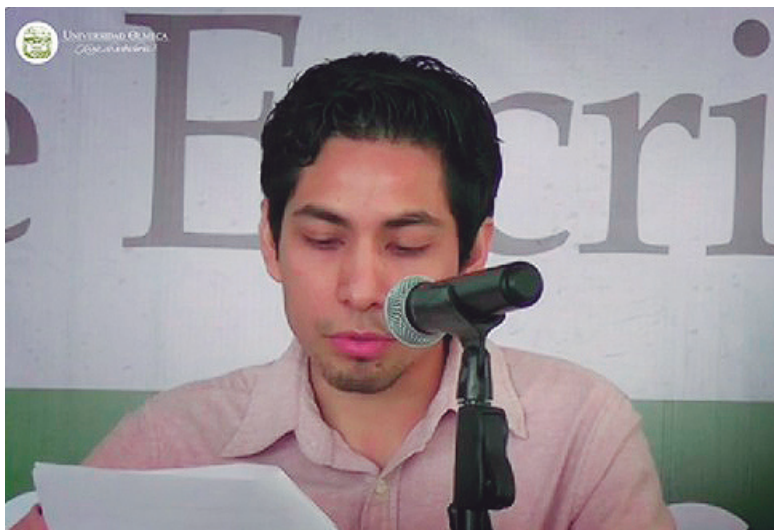
¿Cuál era su nombre?

(¿Cuál era su nombre?)



Semblanza de Alex Moreno

Diseñador gráfico de profesión y poeta de vocación. Es autor del poemario *Síntesis y rupturas*. Ha participado en las antologías *Pausas con platón*, *Poetas del trópico*, entre otras. Es colaborador de la Escuela de Escritores «José Gorostiza» y miembro de la Sociedad de Escritores Letras y Voces de Tabasco. Beneficiario del PECDA en 2017 y diplomado en Redacción Profesional por parte de la Escuela de Escritores José Gorostiza y en Creación Literaria por la Secretaría de Cultura y el INBAL.



Joanna Casas Cisneros

RITUAL DE MESA

El fin del mundo empieza en una noche doméstica, con la mesa puesta, el mantel blanco extendido como una mortaja, y sobre él, la última cena. Se dice que la humanidad desaparecerá mañana temprano, pero no se está realmente seguro de nada. Todavía no hay ruinas humeantes ni multitudes corriendo. Queda el deseo de que lo último que nos roce sea la piel de un conocido. No se sabe con certeza cómo comenzó. Solo que el boletín oficial que anunció la destrucción inminente llegó tarde. El pánico no entra de golpe. Se cuece a fuego lento; por eso uno se propone comprar la comida, preparar la cena, sentarse a la mesa, comer. En las ciudades pronto circulará un desenfreno. Aquí todo es silencio. Las calles están vacías, con los adoquines cubiertos por una hojarasca que nadie barre. Hace horas, los vecinos de enfrente llenaron la batea de su camioneta con cuanto pudieron cargar. Otros abordaron sus lanchas y desaparecieron por los manglares. No se les juzga. A muchos la incertidumbre los devora, la toman entre las manos, la amasan, le inventan un rostro, se burlan de ella. A lo mejor, eso es tener miedo.

El cielo arde en un anaranjado espeso, y el calor se sienta en nuestro pueblo ribereño, acostado a la orilla de un río ancho. De este suelo se desprende un sopor que inmovi-

liza el tiempo, como el latido sordo de un reloj hundido en agua al borde de la ebullición. El aire se arrastra a través de la vegetación con una urgencia verduzca. Por eso, uno busca refugio bajo las frondosas ceibas de raíces gruesas o en el interior de los hogares. Las casas resisten sobre los pilares enclavados en la tierra; son de ladrillo, algunas techadas con lámina, otras con plafón. No existe una forma correcta de pasar el último día. Cuando la música de las chicharras irrumpe con furia y los zancudos salen a saludar, los cuerpos, empapados de sudor, repliegan dentro de la casa para hallar un rastro de consuelo, algo conocido. Comienzan los preparativos.

— Si el mundo se va al carajo, que nos agarre comidos
— dijo alguien esa mañana.

No se sabe quién fue el sabio que le dio voz a lo que algunos pensábamos. Mientras otros corren, saquean abarroterías o escriben cartas urgentes, nosotros imaginamos algo distinto: cocinar, reunirnos en torno a la mesa y que el fin nos encuentre juntos. Por eso no corremos. En el momento en que se sirve el café, el niño inventa palabras y todos compartimos un mismo código afectivo, lo demás desaparece. A eso de las cuatro de la tarde, el calor cambia de textura. Ya no pica. Es seco, como si viniera de abajo.

La abuela nos lo recuerda:

— Hoy cenamos todos. Nadie se me va a quedar sin venir.

Nos reunimos en su casa poco después de las cinco. Dos hombres prenden el fogón y dejan caer en el hierro los cebollines y la carne que chisporrotea al contacto. Unos se tumban en la hamaca bajo el guayabo. Somos testigos desafortunados de esta barbarie tierna: ignoramos cómo será, solo que ocurrirá. Se llega a un acuerdo colectivo: usar toda la comida que tenemos. Vaciamos los refrigeradores y las alacenas, y llevamos eso que alguna vez reservamos para un momento especial. Alguien trae el pavo más grande que había guardado para Navidad. Una de las tías aparece con una garrafa de pozol frío. Dos mujeres cortan cebollas moradas en la barra de la cocina. Hay prisa. Un ritmo de tres segundos marca la cadencia: cuchillo, tabla, anillos que caen.

En cazuelas de barro negro se acomodan el chile, el tomate rojo y el epazote recién arrancado de la mata. Se muele el recaudo en el molcajete, con movimientos lentos y circulares. La abuela desenvuelve el chocolate de metate, lo saca del papel de estraza, lo parte en pedazos y lo reparte a los niños que corretean alrededor. El vapor de las ollas levanta un perfume denso, picante y dulce a la vez. Afuera, las gallinas picotean la tierra. El fogón ha estado encendido desde temprano, bajo un techo de láminas que cruje con el calor. El comal, apenas audible, chasquea suavemente mientras el aroma a maíz recién nixtamalizado se cuela por los resquicios de las ventanas. Y aunque intentamos disfrazarlo con el hambre, el nervio está ahí. Se desliza entre las ollas de cobre y los cuchillos de mango viejo. En el acto de cocinar se le espanta, al menos por un rato.

Entre nosotros hablamos de cosas banales, cosas que haremos mañana.

— Hay que dejar secando el perejil para el mole verde

— dice una sobrina mientras remueve con una cuchara de palo el guiso de una de las cazuelas.

Uno de los primos se ha pasado toda la tarde cambiando la llanta ponchada de su bocho. Con las manos sucias de grasa, maldice al auto como si fuera a manejarlo mañana. Comentamos del pan que hará falta para el desayuno, del tanque de gas que parece vacío y debe ser reemplazado. Nos aferramos a los pequeños rituales, porque de otro modo la locura usurparía nuestro cuerpo. Cerramos las ventanas una vez que los comales se apagan y el humo se disipa. Movemos los sillones de la sala para que entren otras tres mesas, de distintos tamaños y formas. Se requieren varias manos para extender el mantel de tafetán blanco, el que solo se saca en la cena de fin de año. Se distribuyen los platos y los cubiertos se alinean junto a vasos de cristal opaco. En el centro se colocan recipientes con la comida: el pico de gallo, salsas verde y roja, totopos, tortillas envueltas en un paño floreado, jarras de agua fresca y botellas de vino tinto y blanco. Cuando todo está dispuesto, nos acercamos. Es una llegada bulliciosa en la que cada uno busca su sitio. Los asientos también son dispares: bancos de madera carcomida, sillas acolchonadas con

respaldo alto o de plástico, torcidas y descoloridas por el tiempo.

La matriarca —mujer de piel de cuero, la más vieja entre nosotros, a quien respetamos— eleva su copa y la golpea con la hoja del cuchillo. Ella no duda en relatar cómo amó mucho y poco, de las mentiras que dijo y de lo que calló para no herir. No hay arrepentimiento en su voz, y tal vez tampoco paz absoluta. Solo certeza. El hijo mayor, sentado a su derecha, es el siguiente en levantarse. Una rabia muda lo asfixia hasta que admite la dolorosa verdad: no verá crecer a sus hijos. Su hermana, la menor, le secunda. En ella hay resignación mientras acuna al bebé de meses contra su pecho. Se alzan uno a uno: las comadres, que llevaban tiempo sin hablarse, se reconcilian; y el niño, ajeno a todo, sonríe agradecido por el cochecito nuevo que recibió hace unos días. Una vez que habla el último, ya nadie tiene hambre. Queda un hueco en el estómago que, aunque se intente llenar, nunca será saciado. Pero igual comemos, recordando los buenos y malos momentos, las ausencias y las presencias, los errores olvidados y aquellos que jamás tuvieron arreglo.

Las carcajadas llegan, esas que desgarran la garganta, las que hacen volar los dientes postizos del abuelo, que provocan la tos violenta del compadre que ya va por su tercera ronda de tequila. El tío, con la panza hinchada, cuenta una historia vieja: la vez que su exmujer lo engañó con el repartidor de la Bonafont. Solo suelta una risa desgastada. La mesa es un vertedero de servilletas arrugadas, restos de pollo apilados en platos brillantes de grasa, vasos con espuma seca y cucharas perdidas, sin dueño conocido. Existe un instante en el que las risas se vuelven demasiado fuertes para encubrir el hecho de que estamos pendientes del reloj empotrado en la pared, cuyo segundero ensordece. Nos movemos, hablamos, abrazamos al de al lado. Yo los observo desde mi asiento, con la espalda hundida en la silla. Contemplo el presente sin querer que se acabe. Yo, el intruso, que me había ido con la intención de no volver al pueblo, remuevo la copa medio vacía entre mis dedos. Registro con atención minuciosa cada gesto y lo guardo en mi memoria, por si la muerte me arranca los recuerdos.

—¿Te vas o te quedas? —me pregunta la abuela.

Creí que el fin del mundo era una superstición de plaza, un rumor que se desvanecería con el pasar de las horas. Cuando la amenaza poco a poco se volvió carne y aire, entendí que, si de verdad era el fin, no quería esperarlo a solas. Quizás por miedo, o por amor. Al final, la soberbia se pudre frente a noticias como esas. Regresé de un exilio autoimpuesto y, con el rabo entre las patas, pedí lugar en la mesa. Si esto se acaba, que me encuentre aquí, con ellos, en medio de las ruinas. Nos agarrará sentados, a algunos dormidos, a otros despiertos. Hace rato que las ranas se habrán callado. Afuera, el cielo ya no será cielo: será una costra roja y naranja que no termina de cuajar. No hay desayuno; ya es tarde para eso. Se comentará que la laguna, allá a lo lejos, burbujea suave y constante. Nadie se atreverá a preguntar si eso es normal. Seguiremos en la mesa, como quien vela a un muerto y teme ser el primero en levantarse, aunque la espalda le punce y las piernas estén entumidas.

—¿Cuánto falta? —preguntará uno.

Puede que yo quiera responder: «ya mero», pero no habrá tiempo. Lo último que se escuchará será la oración baja de unos y los ronquidos del compadre ebrio. El presagio es tan vívido que me cuesta volver a la realidad. Al verlos, descubro que muchos han compartido la misma visión. Me pongo de pie. Todas las miradas se posan en mí. Me sacudo los pantalones, tomo mi plato y respondo a la pregunta de mi abuela: «¿Sobró mole?». Y como si la costumbre pudiera vencer al fin del mundo, la tía enciende el comal, otro recalienta las tortillas, alguien añade leña al fuego. Los vasos vuelven a llenarse, el tintinear de los cubiertos resuena nuevamente. La conversación se retoma. Y bebemos, masticamos, tragamos.

Semblanza de Joanna Casas Cisneros

Nació en Villahermosa, Tab., en el 2000. Desde temprana edad empezó a escribir sus primeros cuentos. En el periodo 2014-2015 participó en el taller de «Cuento para jóvenes» y en el curso «Yo escribo, yo soy» impartidos por la maestra Cynthia Alarcón Múgica, dentro de las instalaciones de la Escuela de Escritores «José Gorostiza», bajo la dirección de la escritora Ana Livia Salinas. Posteriormente asistió al taller de «Novela Corta para Jóvenes» dado por el maestro Vicente Gómez, así como participaciones en lecturas públicas en eventos especiales de dicha escuela. En 2019 cursó el Diplomado de Creación Literaria, experiencia que la motivó a continuar sus estudios en el Centro de Cultura Casa Lamm, en la Ciudad de México, donde obtuvo la licenciatura en Literatura y Creación Literaria. Ha publicado cuentos en el blog de Filopalabra, fundado por el Dr. Juan Antonio Rosado.



Gamaliel Sánchez Salinas

CHEPITO

Eran días de clases en primaria. Trabajaba con segundo grado. José de los Santos era un alumno acomedido. Morenito, pequeño y botijoncito — como solemos ser los niños de esa edad y de esa clase — me esperaba en el portón de la escuela y me pedía la mochila para llevarla al salón, mientras yo iba a firmar el libro.

En el aula, ya estaban borradas las huellas de la clase del día anterior en el pizarrón, y el verde húmedo refulgía. En mi escritorio, mis chunches ya estaban acomodados con los ojos atentos de un niño que quiere ser adulto. Todo gracias a José de los Santos. Pero, además, en clases se dedicaba a reprender con energía a quienes no atendían. Chepito, como le decíamos, era un alumno regular, pero su carácter solícito lo hacía uno de mis consentidos.

A la hora de recreo, Chepito tenía la misión — esta sí encomendada por mí — de ir a comprar las empanadas del desayuno, con harto repollo. Cinco para mí y tres para él. Mientras sus compañeros disfrutaban el receso, él comía conmigo y me contaba sus peripecias hogareñas.

Una mañana llegué y firmé el libro con mi mochila al hombro. En el salón, la pizarra aún tenía escrito con gis los ejercicios del día anterior. «No vino Chepito», pensé. Tomé

la franela, salí a enjuagarla, regresé y limpié. Al terminar, vi los pupitres y ahí estaba, sentadito en su lugar, con una carita de tristeza, mi alumno y amigo. Me acerqué a él para saludarlo y preguntarle qué le sucedía.

—Nada —me dijo.

Pero no me convenció.

La clase comenzó y yo observaba a Chepito distante y distinto. Lo llamé al escritorio y lo interrogué.

—No me pasa nada —repitió, y soltó el llanto.

Lo invité a salir del salón y, en la cancha, mientras caminábamos, esperé que me dijera las causas de su dolor.

—Es que me duele acá —dijo, señalando la parte superior izquierda de la panza.

Pensé que era hambre y le pedí que se aguantara, que en cuanto llegaran las empanadas compraríamos la dotación por adelantado. Así lo hicimos, pero ni el exquisito repollo que tanto le gustaba pudo quitarle el rostro de dolor y desencanto.

Después del recreo, mientras trataba de integrar al gran Chepito a la clase, se apareció su padre. Era la primera vez que lo veía, pues su madre fungía como tutora. Hombre alto, curtido por el trabajo duro, me saludó de mano:

—Soy el papá de José —se presentó, señalando a Chepito.

Me pidió «sus papeles», pues se iban de la escuela y de la comunidad. Pregunté el porqué de la decisión. Un sollozo preludió un llanto de hombre: fue su respuesta. Puse mi brazo sobre sus hombros y lo invité a caminar a la cancha. Entre su llanto me refirió su tragedia: el abandono de su mujer la noche anterior con el mecánico del taller frente a su casa.

Lo llevé a la dirección para que le hicieran la entrega. Luego volvimos al salón y le dije a Chepito que se iba con su papá. Ahora ya sabía yo el dolor del niño. Se acercó al escritorio y empezó a sacar los libros de su morral.

—Llévatelos —le dije—, te van a servir.

Por varios días, en la noche, antes de dormir, recordaba con tristeza la historia de Chepito y sentía mi corazón hecho una bolita.

Meses después, una mañana de sábado, llegué a la Central Camionera a tomar un autobús con destino a San Carlos, donde compañeros maestros me habían invitado a comer mojarras. Cuando subí al camión, sentí una manita que me tocaba y murmuraba:

— Maestro.

Era Chepito, que iba en el primer asiento, acompañado por sus padres y un hermano más pequeño. La sonrisa de Chepito era de satisfacción, como diciéndome: Mírame, profe, acá estamos juntos de nuevo.

Saludé a los cuatro con alegría. Ellos también me respondieron de igual manera, excepto su padre, que solo me dio un apretón de mano con gesto adusto: vergüenza de macho.

NUNCA ES TARDE

La primera vez que surgió en el colectivo docente la idea de que el veterano maestro estaba perdiendo la razón fue en el homenaje, donde — además del discurso crítico e incendiario que leyó su mejor alumna — todo su grupo cantó, con inusitados ánimos:

«De pie, luchar
Que vamos a triunfar
Avanzan ya
Banderas de unidad...»

La gota que derramó el vaso fue la vez en que todos los alumnos de primer grado, encabezados por los del primero C — grupo al que impartía clases el viejo profesor — se presentaron en la dirección para exigir al director el cese del acoso por parte de los alumnos de tercero. Mientras eso sucedía, el maestro pintaba en el fondo de su salón un mural con barricadas, banderas rojas y obreros y obreras enarbolándolas.

El director se comprometió a resolver el problema de las y los quejosos, que salieron gritando: «¡El pueblo unido jamás será vencido!»

A la mañana siguiente, el maestro llegó temprano y se concentró en terminar el mural. Nunca se percató de que estaban llegando muy temprano —tempranísimo— el supervisor escolar, la delegada sindical municipal, representantes de padres de familia y personal docente. Junto al colectivo analizaron la actitud subversiva de aquel profesor y concluyeron que había violado la ley de educación, el reglamento de las condiciones de trabajo, los estatutos sindicales y la ley de usos y costumbres de la comunidad.

Entraron al salón del viejo maestro cuando éste guardaba pinceles y pinturas, pues el alumnado comenzaba a llegar. Ahí le informaron que estaba cesado: había faltado cinco días. El maestro sonrió; él nunca faltaba —faltaban todos menos él—, y en el libro de entradas y salidas podrían comprobarlo. El supervisor se rió y le dijo que el libro se había extraviado, que no había tal. El maestro volvió a sonreír. El delegado municipal, prepotente, le advirtió que si no desalojaba el salón llamaría a unos padres de familia para que lo sacaran por la fuerza.

De nuevo la sonrisa, amplia y burlona, del maestro; guardó sus cosas y, con paso cansado, caminó hacia su auto. Pero antes de irse los miró con ojos despreciativos y les dijo:

— ¡Bola de culeros!

— ¿Por qué lo hiciste, papá? — preguntaron sus hijos cuando se enteraron.

— Siempre quise hacerlo; nunca me atreví. No quería morirme sin hacerlo. Ahora váyanse y déjenme dormir — dijo el viejo profesor con gesto de fastidio, y se durmió para siempre.

AMOR POR LOS LIBROS

Albino Ricárdez era mi amigo. Lo conocí en el café cuando le cedí una silla en mi mesa, pues no encontró lugar alguno para su lectura vespertina. Aquella vez, agradecido, pagó el café y la panetela de mi consumo. Desde entonces nos hicimos amigos.

Albino era un hombre que había venido desde abajo. «Yo no fui a la escuela, yo aprendí de grande; las letras no entran cuando se tiene hambre», solía decir después de disertar sobre el Ulises de Joyce, Tristram Shandy de Sterne o El féretro de cristal de Estañol.

«Viejón, en mis días más jodidos siempre estuvieron los libros para salvarme», me confesó la tarde en que me invitó a conocer su impresionante biblioteca, mostrándome la primera edición de La región más transparente con el sello autógrafo de Carlos Fuentes. «Yo preferiría regalarte un carro, un viaje o cualquier otra cosa antes que prestarte uno de mis libros», me advirtió en otra ocasión, para evitar la molestia de negarme alguno.

Era un conocedor de la literatura y gustaba de conversar sobre temas polémicos: «Las obras más importantes de la literatura inglesa, adjudicadas a Shakespeare, fueron escritas por Christopher Marlowe», aseguró una vez, y se soltó con una descabellada teoría que nosotros escuchamos atentos. Albino, de origen campesino y de carácter avieso, sabía sembrar dudas: «342 páginas tenía la versión original de Pedro Páramo. Rulfo se la dio a leer a Arreola y este se la espulgó tanto que la dejó como se conoce», afirmaba.

Albino Ricárdez era un comerciante exitoso en el ramo ferretero. Sus hijos, todos mayores, eran el reflejo de su padre: el primogénito es un alto funcionario del nuevo gobierno; el segundo conduce con tino un despacho contable con una innumerable clientela; y la más pequeña es una influencer reconocida en el ámbito de la salud y la belleza.

En el café lamentamos su deceso. Fue un infarto fulminante: la parca lo sorprendió en plena lectura nocturna. Leía Amores de segunda mano, de un tal Enrique Serna, nos dijo su hija en el concurrido funeral.

Aún no se cumplía el mes de su muerte cuando la casualidad me llevó a la calle donde vivió mi amigo. En el portón de su casa, trabajadores del servicio de limpieza cargaban rimeros de libros y los echaban, sin miramientos, al camión de la basura...

Semblanza de Gamaliel Sánchez Salinas

Profesor normalista, escritor, periodista, editor y mediador de lectura. Coordinó el Programa Estatal de lectura en Tabasco (SEP) donde creó la Biblioteca Escolar Tabasqueña (BET).

Ha sido coordinador de la Red de Bibliotecas del Municipio de Centro. Sus cuentos han sido antologados en: *A cuentas del cuento. Cuentos del Refugio y Comunión Amorosa*. Es compilador de *Cuentos que van y vienen. Para leer en voz alta*. Es autor del libro de relatos *La tragedia de Jonás*, el libro ilustrado *El Cumpleaños*, el libro *Vidas mayúsculas* así como del libro juvenil *Panchito*. Ha sido ganador del Premio Estatal de Cuento y colaborador en diarios y revistas locales.

Desde hace años lee, escribe, dialoga, experimenta, narra con alumnos, docentes, padres y madres de familia sobre la lectura y la escritura como elementos fundamentales para ser mejores ciudadanos.

Presidente de Querer Leer A.C. y docente de Telesecundaria. Coordina el Club de lectura infantil y juvenil «Sálvese quien lea».



Eliannet Paola García Hernández

EL MAGO

Cuando le asignaron su oficina en aquella dependencia de gobierno, Hugo Zúñiga Valdecasas sintió que todas las horas extras invertidas sin salario para manejar los protocolos de información que debían ocultarse del escrutinio público por fin le eran reconocidas.

El Señor Blanco, coordinador general del departamento de acceso a la información lo condujo personalmente al cubículo que le habían asignado en el área del sótano lejos de las miradas indiscretas y a donde apenas se podía llegar por un pasillo. La oficina en cuestión estaba al fondo del lugar. Una de las paredes laterales y la posterior eran parte de los muros del edificio, la del frente y la restante eran dos paneles de cristal fijados al piso y al techo por marcos de aluminio.

La puerta, enmarcada por un lado a la pared y por el otro al marco de cristal, daba exactamente hacia un pequeño espacio donde debido a un error al ejecutar la obra había quedado un pequeño tragaluz sellado con cristal y frente a ella, había un bote de basura mediano. Escrito en la pared se leía «Depósito para basura de la sección B»

En el interior de la oficina había un pequeño escritorio negro, una silla acojinada gris y un viejo archivero color beige. El piso, alfombrado con lo que alguna vez fue de color

verde olivo desprendía un dejo de olor a humedad, Hugo no reparó en nada de eso debido a la emoción.

— Este es su espacio y puede acondicionarlo a como lo desee Sr. Zúñiga — dijo su jefe.

— ¡Gracias Sr. Blanco! No sabe cuánto le agradezco sus finísimas atenciones.

— ¡Ah por cierto! Se me olvidaba comentarle que las bolsas de basura de toda la sección se colocan en el bote que tiene ahí enfrente, espero que no tenga mayor problema con eso. Para evitar contratiempos se dejan amarradas, si por alguna razón usted ve alguna sin anudar, le agradeceré me lo reporte por favor.

— Claro que no es molestia Sr. Blanco, entiendo que en algún lugar se deben depositar y cuente con un reporte oportuno en caso de que cualquier situación se presente. La limpieza es un tema muy importante para mí, incluso tengo ciertos estudios de química que curse en...

— ¡Estupendo Sr. Zúñiga, estupendo, no le quito más su tiempo, recuerde que lo principal es que estén bien amarradas, de los demás se encarga el área de logística! Bienvenido y hasta pronto Sr. Zúñiga!

— Hasta pronto Sr. Blanco.

Al terminar la jornada laboral de ese lunes, Hugo observó tres pequeñas bolsas negras dentro del bote de basura. A la mañana siguiente, continuaban ahí, no dijo nada y se dedicó a trabajar. Por la tarde, el bote de basura estaba lleno, incluso había cuatro bolsas más tiradas en el piso. Se retiró pensando en lo desagradable del asunto, pero para cuando llegó a su casa todo estaba olvidado.

Durante el transcurso de la semana la situación fue empeorando. Las bolsas se multiplicaron sobre el piso y empezaron a aparecer por las mañanas apiladas en el muro de cristal, a Hugo le parecía que una fila de hormigas negras lo rodeaban esperando la orden para invadirlo.

Cada día limpiaba su área de trabajo meticulosamente, incluyendo la pequeña pecera de cristal arriba del archivero donde una vez le regalaron un pez beta, tenía ahí, una planta que la gente llamaba teléfono, en algún lugar leyó, que purificaba el ambiente y vaya que lo necesitaba.

Aunque se resistía a decir algo para que no le tomaran por alguien chocante, la verdad era que el olor de la basura se colaba al interior a pesar de cerrar la puerta. Llevó una pequeña planta de citronela, pensó que así mataba dos pájaros de un tiro, tendría olor a limón y de paso ahuyentaba a los mosquitos y a las moscas que cada día se multiplicaban.

Las cucarachas rondaban su oficina, las veía caminar sobre las bolsas, le parecía que su característico olor a humedad impregnaba todo. Al principio usó insecticida pero los cuerpos de estas se sumaban a la basura y el químico esparcido en grandes cantidades estuvo a punto de asfixiarlo un día en el que el ataque de una cucaracha voladora le causó un cuadro de ansiedad. Optó entonces por una solución más amigable ya que era aficionado a la botánica y a la química. Comenzó a llevar pequeñas macetas con diferentes plantas para alejarlas, tenía albahaca, menta, unos crisantemos pequeños, romero e incluso consiguió lavanda.

Sin embargo, la plaga estaba bien abastecida de humedad y alimentos, por lo que tuvo que colocar un guardapolvo en la puerta y una cinta que las atrapaba por si lograban cruzar. La cantidad de datos que tenía que procesar en su ordenador lo obligaba a distraerse de esos detalles y consideró que pronto se solucionaría todo.

Al fin llegó el viernes, supuso sin duda alguna que para el lunes los de logística ya se habrían encargado del problema y respiró aliviado.

Dedicó el fin de semana a cumplir su estricta rutina de limpieza casera que consistía en organizar su despensa, lavar y planchar su ropa e incluso repasar un libro de plantas buscando una solución natural contra las hormigas y demás insectos que pululaban y se colaban al interior de su cubículo.

Al llegar el lunes las bolsas seguían ahí, sentía que lo retaban. Indignado, subió directo a la oficina del Sr. Blanco, iba bien dispuesto a solicitar que ese cochinerito fuera retirado inmediatamente; el hedor que emanaba de ellas resultaba insostenible.

— Buenos días Sr. Blanco.

— Sr. Zúñiga, buenos días, dígame, ¿en qué puedo servirle?

— Señor, disculpe que le moleste, pero es que, bueno, sin ánimo de ofender claro está...

— Hable de una vez Zúñiga que estoy ocupado — contestó con tono de molestia el jefe

— Pues, verá señor resulta que las bolsas de basura...

— ¿Qué problema hay con ellas?

— Mire, es que ya excedieron la capacidad del bote y al principio las dejaron a un lado, pero ahora las están apilando alrededor de mi oficina, el olor...

— ¿Dejaron bolsas sin amarrar acaso?

— No señor, no es eso, es que las están colocando alrededor...

— Sí, si ya escuché, ¿y qué con eso? Mientras las bolsas estén bien amarradas no le veo el problema, estamos teniendo un problema con los de logística, pronto se solucionará, en tanto eso pasa dejé de estar de quejumbroso, póngase a trabajar que para eso le pagamos y de paso déjeme trabajar a mí. Además, se lo advertí, que era un área donde se colocaba basura y usted dijo que no había problema. Ahora, ¡fuera de mi vista Zúñiga, que aquí, no es área de quejas!

— Si señor Blanco — respondió Hugo con aparente tranquilidad, aunque por dentro despotricaba uno y mil pensamientos de odio hacia el infame señor Blanco.

Al paso de los días la basura fue apilada una línea sobre otra hasta que paulatinamente los muros de cristal quedaron ocultos. Los tubos fluorescentes de la lámpara del techo era lo único que iluminaba el interior. La puerta de su oficina permanecía cerrada mientras que, por dentro, la lucha de Hugo contra el hedor que se filtraba por los resquicios entre la puerta y el piso se libraba, segundo a segundo.

Cada vez que intentaba abordar el tema con el jefe, era reprendido hasta el cansancio. Los pocos compañeros de trabajo con los que llegó a cruzar palabra le hacían sentir que el del problema era él, pues el sitio era ocupado para ese fin desde antes de su llegada y ellos no tenían que cargar con su basura, si para eso existía un área específica.

Los meses pasaron. Harto de todo ello, invertía su salario en toda clase de aromatizantes de ambiente; velas aromáticas, inciensos, mechas impregnadas de olor y cuanta

parafernalia encontraba a su paso, pero nada podía contra la fetidez al terminar el día. El rumor de que pronto se cerraría esa área de la administración comenzó a correr con fuerza y la cantidad de información que al principio le era solicitada procesar fue disminuyendo con lo cual podía permitirse centrarse cada vez más en su obsesión por encontrar un aroma que neutralizara o disfrazara el hedor con el que convivía. Hablar sobre el particular solo le trajo problemas y poco a poco se aisló del resto del personal y aumentó el odio contra su jefe.

Entonces decidió probar con aceites esenciales de flores, minerales y plantas. Aplicó los conocimientos de química que siempre había fomentado, incluso sembró en algunas macetas las semillas de cuanta especie vegetal consideró podrían proveerle de un remedio. Poco a poco fue agregando elementos poco convencionales y el espacio del cubículo era cada vez menos.

Obsesionado por mitigar su sufrimiento consultaba libros cada vez más variados y complejos sobre el tema, no solo de química, a tal punto había llegado que comenzó a explorar en otras artes con tal de hacer que la fetidez desapareciera. Nada ocupaba más su tiempo que avocarse a ello.

Las bolsas de basura seguían acumulándose. Solo la puerta y un pequeño sendero quedaban libres. Cuando el último foco fluorescente útil se fundió, la única iluminación que quedó fue la del pequeño tragaluz.

Uno de los pocos trabajadores del piso superior que dejó su basura una noche que se le hizo tarde, alcanzó a ver la puerta abierta de la oficina de Hugo quien iba de salida. Al día siguiente llegó a contar que vio una gran cantidad de velas e inciensos, desde ese momento bautizaron a Hugo con el mote de, El Mago.

Una tarde, el Mago, experimentaba con fórmulas magistrales. En su obsesión de crear el aroma perfecto llegó a considerar la idea de que tal vez podía modificar su sentido del olfato obligándolo a percibir solo un aroma agradable. La flojera de otro trabajador al arrojar una bolsa alteró el delicado equilibrio que sostenían los muros de desechos haciéndolos colapsar.

La puerta de la oficina desapareció oculta por la inmundicia acumulada. Abstraído como estaba el Mago no prestó importancia al ruido del exterior. El exagerado número de bolsas con basura que hubo ese día, producto de la fiesta celebrada en honor al señor Blanco por su despedida fue aventado desde lejos para evitar embarrarse de mezcolanza.

En la madrugada, el Mago gritó, arañó y pateó con fuerza la puerta, pero nadie lo escuchó. Al paso de las semanas, decidieron utilizar el lugar como depósito general de basura mientras se resolvía el conflicto con los de logística, después de todo, sin mayor aviso, el Mago desapareció un fin de semana y no regresó nunca más.

Meses pasaron para que el conflicto se resolviera. Cuando por fin sucedió, acudieron a desocupar el depósito de basura.

En cuanto quitaron el peso de las bolsas, la puerta de la oficina se abrió. Lo que vieron aquellos que entraron primero los dejó boquiabiertos.

En el interior florecía un hermoso jardín, la otrora vieja alfombra, era el pasto más verde que alguien recordara, a cada paso se desprendía de ella un polvillo tan fino que solo era visible en la escasa claridad que se colaba por el olvidado tragaluz y que exaltaba sus sentidos obligándolos a inhalar el olor a menta que los embriagaba.

Ni siquiera se percataron de la gran cantidad de cucarachas que salieron de todos los rincones aún ocupados por las bolsas en cuanto el aroma alcanzó el exterior, menos aún de las que solo quedaron inmóviles con las patas hacia arriba al no lograr huir.

Las paredes estaban cubiertas de musgo violeta desprendían un exquisito olor a vainilla que los hizo delirar con grandiosas combinaciones de colores, que podían tocar. Los cristales enmohecidos trasudaban un líquido incoloro que al contacto con las manos las teñían de amarillo intenso y le conferían un sabor cítrico delicioso que se absorbía por la piel.

Pero sin duda, lo más asombroso, era el cuerpo del Mago. Hallábase este sentado en un montículo en forma de silla, apoyado el torso sobre una mesa repleta con plantas diversas que perforaban todos los orificios de su cabeza.

En las cuencas de los ojos sobresalían dos hermosas gerberas multicolores que parecían mirar con su oscuro centro a todo aquel que estaba ahí. Enormes y espesas hileras de paste colgaban en lugar de barba y alcanzaban el suelo. Finas hebras de cabello de ángel, sobresalían por cada poro del cuero cabelludo y se prolongaban enredándose hasta fundirse con el pasto.

De las extremidades del cuerpo preservado salían ramas de las más variadas plantas de flores. La piel trasudaba agua y aceite aromático. Entre todo aquello, un viejo libro colgaba de lo que alguna vez fue su mano izquierda, la palabra «Grimoire», era lo único que se alcanzaba a distinguir.

Uno de los más viejos empleados de logística quién tenía un daño neurológico que no le permitía percibir olores, tomó el libro con sus guantes, apenas y sabía leer, alcanzó a distinguir con sus gruesos lentes que tenía unos dibujos muy interesantes, seguro a sus nietos les iba a gustar para recortar. Llamó a sus compañeros que caminaban torpemente intentado agarrar con sus manos el aire. Creyó que le jugaban una broma y salió de ahí sin cerrar la puerta para regresar al día siguiente.

No se dio cuenta de que el moho y las plantas invadían rápidamente el espacio al contacto con el aire propagando su belleza y aroma. Se retiró los guantes para guardar el libro en su maleta y el agua y aceite impregnados penetraron por su piel, solo alcanzó a dar unos pasos antes de resbalar con el musgo que se proyectaba sobre el piso extendiendo una fina red palpitante que lo envolvió al caer en el más absoluto delirio de contemplación.

Las hermosas plagas vegetales se expandieron por toda la tierra. Solo hacía falta el aire para esparcir las. La evangelización floral se extendía llenando de belleza todo a su paso y saturando el aire de un olor tan exquisito que borraba cualquier vestigio de los humanos sobre la tierra. El Mago por fin había logrado su sueño de eliminar el hedor del mundo.

EL REFLEJO

¿Y si nosotros somos el reflejo atrapado dentro del espejo? Lo primero que hay que saber, es que el reflejo en un espejo es un duplicado que duplica la realidad, percibida de manera exponencial pero invertida.

Para corroborar esta teoría basta con escribir un texto en un papel y pararse frente a uno. Cómo es sencillo de suponer, al leer la palabra reflejada sobre la superficie mercúrica, nos devolverá un texto invertido, tal vez sin significado, excepto por el hecho de aquellos afortunados con nombres de tipo palindrómico que ajenos a este mundo son capaces de atravesar el umbral sin percibir el cambio en los colores o alterar su plana personalidad lo cual resulta hasta cierto punto sarcástico.

Sin embargo, es imposible que el reflejo invierta la posición, arriba seguirá siendo arriba y abajo lo será también, lo cual dista del hecho de que lo atado en la tierra será atado en el cielo. Pues es bien sabido que los espejos deben cubrirse cuando alguien muere para que no quede atrapado y pueda continuar su viaje.

Pero ¿acaso te asomaste para cerciorarte que siguiera invertido tu reflejo? ¿Cómo sabes que no has quedado atrapado en el espejo cuando te viste por última vez esta mañana? ¿y si alguien no tapo el espejo que estaba frente a nuestros lechos de muerte y ya estamos atrapados?

Esos eran mis pensamientos cuando estaba ahí, hasta que un día simplemente mi mano se fundió con la de mi reflejo y lo supe, la voz que me aconsejaba a dejarlo todo, ahora ocupaba mi cuerpo y vivía mi vida, del otro lado del espejo.



Semblanza de Eliannet Paola García Hernández

Médico cirujano. (UJAT). Estudiante de la maestría en estudios de género y prevención de la violencia. Diplomada en creación literaria. Ganadora del concurso de cuento del municipio de Centro, Tabasco, «Gabriela Gutiérrez Lomasto 2022», con el libro *Tierra, Calor y Color*. Autora del libro *Historias del río* (2019), publicado por la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Tabasco. Ha publicado en las siguientes antologías: *Los 100 mejores minicuentos de la cuarentena* (2020); *Desde casa* (2020); *Apassionata 2* (2019), *Tilico lico tilico ti, narrativa para hablar de migración y violencia infantil* (2018). Sus cuentos han sido publicados en diferentes diarios de circulación regional.



Charla Literaria

Rocío de la Vega Fulgarolas

LA IMPORTANCIA DE LOS CUENTOS PARA NIÑOS

Introducción

¿Qué es un niño? Un niño es una pequeña caja de Pandora, que al abrirla encontrarás la verdad con carita sucia. Es un héroe o una princesa, es esa sonrisa que necesito para seguir adelante; es la pureza, la alegría, el entusiasmo, un angelito terrenal; sorpresivo, auténtico, sincero, excepcional. Es por eso que decimos «saca tu niño interior» y da siempre lo mejor, como ellos lo dan.

Los niños llevan en sus bolsillos sus preciados tesoros... desde un palito que se puede convertir en varita mágica, la tapita de un bote; todo en él, es sorpresivo, puede cambiar el mundo con un: «papá, eres el mejor, te quiero», o «mamita, disculpa, no lo vuelvo a hacer». Y en ese momento los queremos tener en nuestros brazos, besarlos, apapacharlos, aprender de ellos.

Los niños necesitan sentir el abrazo, el beso, el respeto. Confían en nosotros, nos siguen, tenemos que saber ser sus amigos y ayudarles a resolver sus problemas, escuchar con atención, pues para ellos son importantes. Recordemos que la niñez es vida; hagamos que sea feliz.

Gesto de amor

Cierra los ojos un instante e imagina una escena sencilla: un adulto se sienta al borde de una cama o en el suelo de la sala, un libro abierto en las manos. Frente a él, un niño lo mira con curiosidad, esperando que las palabras cobren vida. Este momento, tan cotidiano que podría pasar desapercibido, encierra una poderosa forma de comunicación. Leer cuentos a los niños no es solo una manera de entretenerlos antes de dormir, es un gesto de amor que abre caminos para hablar, comprender, escuchar y acompañar.

En esta charla literaria quiero contarte, con palabras claras y cercanas, por qué los cuentos son tan importantes en la vida de un niño. Hablaremos de cómo alimentan la imaginación, de cómo les brindan un espejo para reconocer sus propios sentimientos, de cómo crean un refugio seguro para hablar de sus problemas y temores. También veremos cómo leerles demuestra, con hechos, que nos importan y que siempre tendrán adultos a los que pueden acercarse.

La magia de contar historias

Desde tiempos antiguos, las historias nos han servido para explicar el mundo, transmitir valores y, sobre todo, para conectar. Al escuchar un cuento, el niño no solo oye palabras, sino que viaja a lugares nuevos, conoce personajes diversos y descubre situaciones que, aunque fantásticas, reflejan algo de la vida real. En un cuento puede encontrar monstruos que representan miedos, héroes que muestran valentía, amigos que enseñan solidaridad y villanos que reflejan conflictos.

Cuando leemos con un niño, nuestra voz da forma a esos personajes y la atención que le prestamos le hace sentir único. En un mundo acelerado, la pausa que implica sentarse a leer juntos es valiosa. A través de la narración, los pequeños exploran emociones: se asustan con el lobo, celebran la victoria de la protagonista, sienten tristeza cuando un personaje pierde algo querido. Así aprenden a reconocer lo que sienten y a darle un nombre, elemento clave para su desarrollo emocional.

Los cuentos también muestran alternativas de comportamiento. Un personaje que pide ayuda, que comparte o

que reconoce su error se convierte en modelo. Sin necesidad de sermones, los niños observan y entienden que hay distintas maneras de enfrentar los problemas. Un relato sobre una niña que teme la oscuridad, por ejemplo, puede ayudar a tu hijo a darse cuenta de que no es el único con ese miedo, y que hablarlo es el primer paso para enfrentarlo.

Cuentos como puentes para hablar de dudas y temores

Los pequeños cargan preguntas grandes y pequeñas. Algunas se responden con facilidad, otras exigen tiempo y paciencia. Un cuento es una puerta que podemos abrir para entrar en esos temas delicados. Al escuchar la historia de un patito que se siente diferente, un niño que se percibe distinto encontrará un reflejo. Si le preguntamos: «¿Te has sentido así alguna vez?», podrá reconocer que sus sentimientos tienen un lugar en el mundo. Tal vez no responda de inmediato, pero sabrá que puede hablar cuando lo necesite.

Un relato sobre la pérdida de un juguete o la muerte de un ser querido puede ser un punto de partida para hablar del duelo. Los niños también viven pérdidas y, a menudo, carecen de palabras para expresarlas. A través de la historia, entienden que la tristeza es normal y que no están solos. Las preguntas como «¿Qué sientes cuando desaparece algo que te gusta?», planteadas con delicadeza, abren espacios de confianza.

Los temores se diluyen cuando se comparten. Un monstruo bajo la cama parece menos aterrador si sabemos que es solo un personaje de cuento y que la historia mostrará una salida. Cuando un cuento presenta a un personaje que se asusta, se esconde y luego decide contarlo, el niño aprende que hablar es un recurso. Al terminar la lectura, podemos preguntar: «¿Hay algo que te asuste y quieras contarme?». No forzamos la respuesta; simplemente ofrecemos la posibilidad.

A veces las dudas de los niños no son lógicas para los adultos, pero son reales para ellos. Un cuento sobre un personaje que piensa que la lluvia cae porque él lloró puede servir para aclarar que no todas las situaciones dependen de nosotros. Después de leer, podemos comentar: «¿Ves que no era su culpa? Del mismo modo, lo que ocurre a veces no de-

pende de lo que hagamos». Así despejamos inquietudes y reforzamos su seguridad.

Escuchar con atención: un acto de amor

Leer cuentos no es solo un ejercicio intelectual, es una expresión de cariño. Cuando dedicamos nuestro tiempo a sentarnos a su lado, el niño percibe que es importante. No se trata de leer por leer, sino de estar presentes. Hay niños que interrumpen la lectura con preguntas, risas o comentarios; otros prefieren escuchar en silencio. En ambos casos, nuestra disposición a escuchar y responder transmite afecto.

La escucha activa implica interés genuino. Guardamos el teléfono, apagamos la televisión y nos enfocamos en el niño y el cuento. Si se detiene en una imagen, le damos tiempo. Si se ríe, reímos con él. Si se asusta, acompañamos su miedo. No minimizamos sus emociones con frases como «no pasa nada», sino que validamos lo que siente: «Entiendo que esa parte te dio miedo. ¿Quieres que sigamos o prefieres que lo hablemos?».

Durante la lectura, podemos hacer preguntas abiertas: «¿Por qué crees que el personaje actuó así?», «¿Qué harías tú en su lugar?». No buscamos respuestas correctas, sino abrir el diálogo. Estas preguntas permiten que el niño practique la empatía al ponerse en el lugar de otros, y que desarrolle su pensamiento crítico. Al mismo tiempo, le mostramos que su opinión importa.

Resolver problemas desde la empatía

Además de nombrar emociones, los cuentos ofrecen estrategias para resolver problemas. Un relato donde varios animales pelean por un espacio a la sombra y luego deciden compartirlo muestra la importancia de negociar y de considerar las necesidades de todos. Después de leer, podemos conversar: «¿Cómo crees que se sentía cada uno? ¿Qué cambió para que encontraran una solución?». Este tipo de reflexiones se trasladan a conflictos cotidianos, como discusiones con amigos o hermanos.

En otras historias, un personaje se equivoca y pide perdón. Los niños se identifican con sus errores y aprenden

que equivocarse es parte de la vida. Al ver a su héroe admitir una falta y enmendarla, descubren que ellos también pueden hacerlo. Podemos reforzar esto con preguntas: «¿Qué te pareció que hiciera?», «¿Crees que fue difícil para él?». Así fomentamos la responsabilidad y la humildad.

No todos los cuentos tienen moralejas explícitas, y eso está bien. Algunos quedan abiertos y animan a imaginar distintos finales. Preguntar «¿Qué crees que sucedió después?» estimula la creatividad y refuerza la idea de que no siempre hay respuestas únicas. Los niños aprenden que pueden imaginar soluciones y que su perspectiva es válida.

Construir vínculos y confianza

La lectura compartida fortalece la relación entre adulto y niño. Saber que hay un momento dedicado solo a ellos les da seguridad y refuerza su autoestima. Este hábito no se crea de la noche a la mañana, sino con constancia. Cada cuento leído, cada conversación espontánea y cada respuesta paciente construye confianza.

Es fundamental que los niños sepan que siempre podrán acercarse a un adulto de confianza. Leer juntos es una forma concreta de demostrar esa disponibilidad. Cuando un niño crece sabiendo que sus preguntas son bien recibidas, tendrá más facilidad para buscar apoyo en la adolescencia o en la adultez. Un simple «cuando quieras hablar, estoy aquí» cobra sentido cuando se respalda con acciones, como reservar tiempo para leer y escuchar.

Durante la lectura pueden surgir preguntas complicadas sobre la vida, la muerte, la justicia o la guerra. Es válido no tener todas las respuestas. Podemos decir: «No lo sé, ¿qué piensas tú?», o «Podemos investigar juntos». La honestidad y la apertura muestran al niño que es normal no saberlo todo, y que buscar respuestas es una tarea compartida.

Sencillez y hábito cotidiano

No necesitas un lenguaje rebuscado ni grandes recursos para leer un cuento. La sencillez es clave. Los niños aprenden mejor con frases claras y ejemplos cercanos. Y no es necesario ser un narrador perfecto; ellos valoran la presencia por en-

cima de la perfección. Tropezar con una palabra difícil no es un problema, puede ser una oportunidad para aprender juntos y enriquecer el vocabulario.

El hábito de leer se cultiva poco a poco. Un cuento puede acompañar el desayuno, el viaje en transporte o la hora de dormir. Integrar la lectura en la rutina diaria hace que los niños la vean como algo natural y la pidan por iniciativa propia. Este hábito alimenta la imaginación, la creatividad y la capacidad de concentración. Los niños que escuchan historias crean mundos en su mente, juegan con posibilidades y aprenden a ver la vida desde distintos puntos de vista.

Cuando los animamos a contar sus propias historias, ejercitan su expresión oral y su pensamiento. Pueden inventar un final diferente para el cuento o narrar una aventura propia. Escuchar estas creaciones con interés les enseña que su voz tiene valor y fortalece su autoestima. Un simple «¿y qué pasó después?» puede ser el impulso para que continúen imaginando.

Los cuentos como refugio en momentos de cambio

La infancia está llena de cambios: la llegada de un nuevo hermano, el inicio de la escuela, una mudanza, la separación de los padres. Los cuentos pueden ofrecer consuelo en estas transiciones. Historias sobre adaptarse a una nueva casa, compartir la atención de mamá y papá o hacer nuevos amigos muestran que no están solos en sus experiencias. Saber que otros han vivido situaciones similares y han salido adelante brinda esperanza.

Asimismo, los cuentos pueden ser un refugio cuando sienten aburrimiento o soledad. Al valorar la lectura, los niños descubren que siempre hay un libro que los puede acompañar. Esto fomenta su autonomía y su capacidad de disfrutar de su propia compañía. Un cuento leído después de un día difícil actúa como un abrazo, un momento de calma y de conexión antes de dormir.

Honrar y crear tradiciones

Contar historias es una tradición que se transmite de gene-

ración en generación. Abuelos que relatan leyendas, padres que comparten anécdotas de su niñez, hermanos mayores que inventan aventuras. Leer cuentos con los niños es participar en esa cadena. A través de las historias compartimos cultura, valores y memoria. Incorporar relatos de distintas culturas y épocas enriquece su visión del mundo y les enseña a respetar la diversidad. Un cuento africano sobre la astucia de una tortuga, una leyenda mexicana sobre las estrellas o un relato asiático sobre la paciencia del bambú aportan enseñanzas diferentes y expanden su horizonte.

También podemos alentar a los niños a crear sus propias tradiciones. Tal vez adaptar un cuento y contarlo a su manera o elegir un libro especial para leer en una fecha importante. Estas costumbres generan recuerdos que perduran y refuerzan el vínculo familiar.

La lectura más allá de la niñez

Algunos piensan que los cuentos son solo para los más pequeños, pero la necesidad de escuchar y contar historias nos acompaña toda la vida. Un adolescente puede conmoverse con un relato, un adulto puede encontrar consuelo en una novela y un anciano puede emocionarse con un poema. Mantener la costumbre de compartir historias crea puentes entre generaciones y nos recuerda que todos necesitamos ser escuchados.

Un niño que crece rodeado de cuentos probablemente mantenga el hábito de leer en la adolescencia y en la adultez. Tal vez, cuando sea mayor, lea a sus propios hijos o comparta historias en reuniones con amigos. Habrá aprendido que las palabras tienen poder y que la comunicación es esencial. Por eso, aunque la vida se vuelva ajetreada, es valioso mantener espacios para la lectura compartida. A veces bastan unos minutos de un cuento breve para mantener viva la conexión.

Conclusión: historias que acercan

En esta breve charla hemos recorrido los distintos motivos por los que los cuentos son esenciales en la vida de un niño. Son más que entretenimiento: alimentan la imaginación, ayu-

dan a reconocer y expresar emociones, sirven de puente para hablar de dudas y temores, ofrecen modelos para resolver problemas y fortalecen el vínculo con los adultos. Leer con ellos es una manera de demostrarles que nos importan y que siempre habrá un adulto dispuesto a escucharlos.

La magia de un cuento reside en su sencillez. Basta un libro y nuestra voz para crear un espacio de encuentro. Cada página compartida es una invitación a conversar, a reír, a llorar, a soñar. En esos momentos los niños sienten que su mundo interior importa, que hay alguien que lo entiende y lo acompaña. Esta sensación de ser vistos y escuchados es un regalo que llevarán consigo siempre.

Si tienes la oportunidad de leer con un niño, hazlo con alegría. No te preocupes por lo perfecto ni por lo grandioso. Deja que la historia fluya y que surjan preguntas. Celebra cuando comparta sus inquietudes y acompáñalo cuando exprese sus miedos. Recuérdale que su voz es importante y que siempre tendrá adultos a quienes acudir. Así, cuento tras cuento, estarás cultivando confianza, empatía y curiosidad. Estarás construyendo un puente invisible que lo acompañará en cada etapa de su vida.

Las reflexiones presentadas en este trabajo sobre la importancia de los cuentos para niños encuentran su mejor expresión en la práctica misma de la narración. A continuación, se incluyen dos relatos concebidos como extensión natural de las ideas aquí expuestas: historias que buscan despertar la imaginación, transmitir valores y mostrar cómo la literatura infantil se convierte en un espacio de aprendizaje y disfrute. Estos cuentos no son un añadido aislado, sino una forma de dar vida a los principios que hemos analizado, permitiendo que la teoría se transforme en experiencia literaria.

Historias que florecen de la reflexión

Jade

Cuando nació, tenía los ojos tan verdes, que decidieron ponerle por nombre, Jade. Una niña preciosa, cada día se ponía más linda, siempre sonriente. Era como de postal; todos la querían, pues además de amable, siempre quería ayudar. Con apenas quince años, daba servicio social en un campa-

mento para niñas de escasos recursos. Estaba en Cuernavaca, Morelos, en México. Era calladita, pero muy activa. Después de ocho meses, algo en ella empezó a cambiar, no reía tanto y sus ojos dejaron de tener, ese brillo tan especial. Perdió el apetito y tenía ojeras. Le preguntaron si se sentía mal, ella decía que no. De todas formas sus papás decidieron llevarla al Dr. Jade no tenía nada, su salud estaba bien. Son cambios de la edad, dijo el Dr. Jade siguió yendo al campamento los fines de semana. Pensaron que tan solo estaba cansada. Su papá sugirió, que por un tiempo dejara de ir, ella de inmediato dijo que no, que había hecho un compromiso y no podía dejar a las niñas, así nada más. Pero un domingo no se pudo levantar, así que faltó. Al lunes siguiente, un hombre fue a buscarla a su casa. Estaba molesto, pues reclamó que su patrulla, nadie la atendió. A su papá, no le gustó nada la forma en que este hombre se expresó. Mire sr. le dijo, resulta que Jade, está agotada y no pudo ir. El pidió hablar con ella; mi hija es menor de edad y por ahora la dejaremos descansar. Yo soy su novio dijo, Jade lo negó. Los papás de Jade hablaron con ella y le preguntaron qué estaba pasando, pues me amenaza papá, dice que lastimará a alguna de las niñas, pues, no tienen quién las defienda, solo yo; siempre quiere que lo bese, que sea su novia. Papá, yo no quiero, me da miedo; bueno ¿y de dónde salió? Pues trabaja en el campamento, arregla cosas, carga muebles, ayuda con las cosas pesadas, siempre está. Papá ¡yo quiero seguir ayudando a las niñas! estar con ellas. Pues está en tus manos le dijo su papá, se hará lo adecuado. Iremos juntos al campamento el próximo fin de semana, qué opinas Jade. Sí, tengo que contar lo que está haciendo, pero primero, dijo su papá tendremos que ir a la policía, pues eres menor de edad. El hombre, está en la cárcel. Jade ya no tiene ojeras, se ríe nuevamente y aprendió a no dejarse manipular, a no sentirse culpable, pues tuvo el valor de confiar en sus padres. Siguió ayudando en el campamento en cuanto se recuperó. Nunca volvió a ver a ese hombre.

Uy, maestra

Un día, la maestra Nadia, que era la directora de secundaria,

llamó a una de las alumnas para preguntarle por qué había faltado a clases:

—Ximena, ¿por qué no viniste a la escuela ayer?

—Uy, maestra. Mi abuelita se enfermó y mi mamá me pidió que la cuidara.

—Y ¿cómo sigue?

—Ya mejor, gracias.

Sin embargo, al siguiente lunes, Ximena volvió a faltar, así que el martes nuevamente la llamaron a la dirección. Y ahora, ¿por qué faltaste ayer?

—Uy maestra, ahora mi hermanito tenía calentura, y me tuve que quedar con él porque mi mamá se fue a trabajar.

Unos cuantos días después, se repitieron las faltas de asistencia, las llamadas a la dirección y las preguntas.

—¿Cómo están tu abuelita y tu hermano?

—Bien, gracias.

—Entonces ¿qué pasó Ximena?

—Uy maestra, pues ahora la enferma es mi mamá.

Yo no sé maestra, pero tengo que ayudarle.

—Ximena, sólo tienes trece años. No puedes faltar y faltar a clases, ya estás en secundaria y, si sigues así, perderás el año.

—Pues qué quiere que le diga. Como no tengo papá. La maestra citó a la mamá de Ximena, le dijo que era muy importante hablar con ella y le pidió que se presentara en la escuela en cuanto se sintiera mejor. Lo sorprendente fue que la mamá no llegó sola, también estaba ahí el papá de la niña.

La directora les agradeció su atención y explicó por qué los había llamado. La pareja no entendía nada.

—Nosotros, dijo el papá, no estamos separados.

Tampoco se ha enfermado ninguna abuela. Yo traigo a Ximena todas las mañanas y la dejo en la puerta de la escuela. Entonces, pues no sabemos a dónde va, ni por qué no entra a clases.

Inmediatamente mandaron llamar a Ximena y, cuando la niña vio ahí a sus papás, se quedó pasmada.

Ella sabía que sus papás estarían muy enojados, pero también preocupados por ella.

La maestra le pidió que se sentará y dio:

—Vamos a calmarnos y dejemos que Ximena nos diga qué hace cuando no entra a la escuela.

Pero el papá intervino muy preocupado:

—Ximena, ¿hay alguien que te obligue a no entrar? ¿Te siguen o te amenazan? Dinos la verdad.

—No papá, para nada, no te apures.

—¿Entonces hijita? ¿Qué está pasando?

—La verdad es que yo quiero aprender modas y maquillaje. Quiero ser diseñadora y pienso que, el día de mañana, podré ser famosa.

Entonces, me voy caminando hasta una hermosa estética que está en la siguiente cuadra y me quedo mirando cómo arreglan a las señoras. Después camino al centro comercial y veo la ropa elegante, copio la que me gusta y luego hago mis diseños.

Los padres de la niña no lo podrían creer, no sabían qué decir. Entonces, intervino la maestra Nadia:

—Muy bien Ximena, me da gusto que sepas lo que quieres ser, pero eso lleva tiempo y en la vida debemos ir paso a paso.

—Para eso, dijo su papá, tienes que estudiar.

—Claro, confirmó su mamá. Estoy segura de que lograrás lo que te propongas y cuentas con nosotros, pero todo a su tiempo. Primero es necesario platicar, contar nuestros planes, pero con sinceridad, no con mentiras ni engaños. Por favor, nunca más nos mientas. Estudia y sé honesta.

Ximena abrazó a sus papás, les pidió disculpas a ellos y también a la maestra.

Con los años, Ximena abrió su propia tienda de modas. Ahora, ella comparte el éxito con sus padres y recuerda con mucha gratitud a la maestra Nadia que la supo guiar.

Semblanza de Rocío de la Vega Fulgarolas

De familia de científicos y artistas, de mentes matemáticas y bohemias. Ella dramaturga y actriz, soñadora, madre, maestra, abuela. Amante y protectora de los niños. Ha escrito y participado en varias antologías y obras de teatro, cortometrajes, anuncios, columnista. Una de sus antologías fue traducida al Yokot' An, otra de ellas ganó un primer lugar. El cortometraje de María la peruana es una leyenda de Tabasco, en la cual ella interpretó a María en la edad adulta, escrita por la señora Gabriela Gutiérrez, doña Gaba. Sobre las obras de teatro en corto, escritas por ella, «Amigos» obtuvo en su temporada el primer lugar. Desarrolló un programa para la superación de las mujeres en Parilla, Tabasco. Estudió literatura y teatro en la UJAT, además de múltiples talleres, estudió en la escuela de escritores: José Gorostiza, teniendo entre algunos de sus apreciados y talentosos maestros, al maestro Vicente Gómez Montero, la maestra Soledad Arellano y el maestro Héctor de Paz, entre otros. Rocio es una orgullosa escritora del libro de *Cuentos de valores para niños con valor*.



Vicente Gómez Montero

Agatha Christie y el Asesinato en el Expreso de Oriente

Agatha Christie nació en Inglaterra, país con una larga tradición de personajes detectivescos, como Sherlock Holmes, cuyas aventuras se publicaron unas siete décadas antes de que aparecieran las obras de Christie. Es muy probable que ella los haya leído antes de comenzar a escribir, pues su obra dialoga con esa tradición.

Christie escribió más de ochenta novelas policiacas de crimen y misterio. Estas novelas funcionan como un rompecabezas: las piezas están dispersas en la trama y el detective debe reunir las para revelar, al final, quién es el asesino.

Ese es uno de los grandes secretos de su estilo: nunca anticipa explícitamente la identidad del culpable, sino que mantiene el suspenso hasta la última página.

Entre sus personajes más célebres se encuentran Hércules Poirot y Miss Marple, quienes enfrentan enigmas cada vez más complejos.

Poirot, en particular, es un detective peculiar: de baja estatura, con bigotes al estilo Salvador Dalí y siempre ves-

tido con elegancia de dandi. Su método consiste en comprender el carácter del asesino y las razones que lo llevaron a cometer el crimen.

Hércules Poirot es el detective de la novela que hablaremos hoy, *El asesinato en el Expreso de Oriente*, esta obra representa la madurez literaria de Christie. Da la impresión de que ella lo tiene todo resuelto todo y no por eso la convierte en una novela de fácil lectura.

En ella, Poirot se enfrenta a un caso clásico: un asesinato cometido en un tren, uno de los más clásicos en la historia de la literatura policiaca, el asesinato de un hombre que viaja en el vagón de un tren en el que todos los pasajeros están confinados durante el trayecto, un espacio cerrado donde todos los son sospechosos.

Hércules Poirot es uno de los pasajeros en el vagón en el que ocurre el asesinato y debe esclarecer quién de las personas que viajan en el mismo, lo cometió.

La obra está marcada por el número doce: las doce de la noche, doce sospechosos, doce pistas, doce jurados, evocando la tradición judicial inglesa y estadounidense, en donde los juicios se hacen con doce jurados que son elegidos al azar entre la población y son los encargados de dar el veredicto a quien cometió el delito.

Esta novela trata ese espacio cerrado en el que Hércules Poirot tiene que decir: fue esta persona quien cometió el delito, pero también tenía la oportunidad esta otra persona. Agatha Christie no se limitaba a narrar la oportunidad de cometer un asesinato, sino que exploraba las motivaciones humanas: dinero, pasión, resentimiento, poder.

Ella no se complicaba mucho en ponerle título a sus novelas: *El asesinato en el expreso de oriente* habla de un asesinato que se cometió en el tren que viene desde Estambul hasta París, atraviesa toda Europa. En el asesinato de

Roger Ackroyd, Roger Ackroyd va a ser asesinado. En la muerte tiene permiso, Poirot tiene que infringir la ley para poder solucionar el caso.

Es decir, Agatha Christie en sus 85 novelas, presenta 85 asesinatos diferentes que ella imaginó. Dan miedo esos datos, ya que por la minuciosidad con que estructura sus novelas, parece que narra situaciones que realmente ocurrieron.

Su habilidad consistía en mostrar una amplia gama de pasiones que podían llevar a alguien a matar. Agatha Christie resulta ser una gran conocedora del alma humana. ¿por qué un hombre o una mujer cometen un asesinato? por dinero o riqueza, por amor o pasión por el desenfreno de la vida, en fin, por todas esas razones se cometen asesinatos y Agatha Christie es tan hábil que nos presenta una gama espléndida de pasiones humanas.

En *El Asesinato en el Expreso de Oriente*, Agatha Christie nos presenta 12 sospechosos que son verdaderamente impresionantes, los personajes —la princesa rusa, el conde húngaro, el coronel inglés, la institutriz, el abogado temeroso— revelan en sus declaraciones las múltiples posibilidades del crimen, y Poirot se encarga de desenmarañar el porqué de esa posibilidad de que cometieran un asesinato.

Un detalle curioso de la novela es el kimono bordado con dragones que aparece en el equipaje de Poirot. Este kimono funciona como un reto del asesino hacia el detective, un hecho que nos dice que Agatha Christie se anticipaba a lo que pasa actualmente, la figura del criminal que se burla de las instituciones, como ocurre con los asesinos seriales en Estados Unidos. La autora utiliza este recurso narrativo que intensifica el misterio.

Agatha Christie saca de la zona de confort a su detective estrella y le da casos complicados, más violentos, más terribles, más sangrientos, más sofisticados.

La autora, que trabajó como enfermera, conocía bien los venenos y los utilizó con ingenio en sus tramas. Sus asesinatos, aunque sangrientos, nunca pierden el carácter de rompecabezas intelectual. Por esa razón, sus novelas invitan al lector a un enfrentamiento directo con el asesino, a un duelo de lógica y deducción.

En esta novela, la autora sitúa al lector en un enfrentamiento, en una confrontación con el asesino a través de Poirot, Agatha Christie propone un rompecabezas que parece imposible de resolver, pero también propone la figura del detective capaz de resolver el rompecabezas.

El asesinato en el Expreso de Oriente es también una de las obras más adaptadas al cine, prueba de su vigencia y de la fuerza de su trama. Christie logra crear un universo donde parece que nadie pudo haber cometido el crimen, hasta que Poirot, con su aguda lógica, demuestra lo contrario.

Como dato curioso, el lugar donde Agatha Christie escribió la novela, el Pera Palace Hotel en Turquía, se ha convertido en un pequeño museo que conserva objetos asociados a la autora, una máquina de escribir, un escritorio y algunos objetos personales, reforzando el mito en torno a su figura.

En conclusión, podemos decir que Agatha Christie era una mujer muy inteligente y muy honesta. Sus creaciones, sus novelas, están definidas entre lo imposible, lo impensable y lo posible, con soluciones verdaderamente increíbles.

Agatha Christie es un fenómeno literario que supo transformar la novela policiaca en un ejercicio de psicología y lógica. Con *El asesinato en el Expreso de Oriente*, nos regaló un clásico que sigue desafiando al lector y que confirma su lugar como la gran dama del misterio.

Semblanza de Vicente Gómez Montero

Nació en 1964. Escritor. Tiene publicados, entre otros textos, *Las puertas del infierno, relatos*, 1996; *Cuentos con las vocales*, cuentos infantiles, 1999; *La enfermedad de la rosa*, (novela) 2006; publica en 2010, *El cargador de juguetes*, editorial GUESA. El Instituto Veracruzano de Cultura (IVEC) publica su libro de obras teatrales, *Cuando las hadas se volvieron locas* en 2011. En 2013 publica el libro de cuentos *El aquelarre barroco*, ediciones del Gobierno del estado de Tabasco. Publica en 2015, *La pandilla de la musa* en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Publica en 2017 el libro para niños, *El príncipe y los sortilegios*, editado por el Gobierno del Estado de Tabasco. En 2022 publica su novela *La tumba del andrógino*, con ediciones Kolaval. Ese mismo año publica *Los ladrillos que otros tiran, caminos para el éxito* en coautoría con Raúl Torres Fócil, el mago Chong Tall.



Poesía

Enzia Verduchi

Interrogatorio en el psiquiátrico de Volterra I

i.- ¿...?

Me arrancaron los ojos aunque las cuencas están llenas del cielo de Toscana. Espejos azules. Dos gotas suspendidas y móviles que observan el mismo muro de arcilla cada mañana.

Me desgajaron la visión del mundo, dicen ellos:

La nieve manchada con la eyaculación de nuestros asesinos.
Las colinas minadas con el silencio de nuestros asesinos.
La mar resguarda el peso y el plomo de nuestros asesinos.

La córnea es más ligera y nada acalla la verdad del aire,
el desplazamiento de la nube, las formas de la nube, la
[fragilidad
flotando sobre nuestras cabezas.

En esta brevedad de Volterra, paraíso de higiene mental,
el mundo posible es el cielo.

ii.- ¿...?

Esa luz aséptica que lastima de tan pulcra. Ese olor a medicina que provoca el vómito. Esta sima del infierno con veinte lava-

bos y dos letrinas por cada doscientos alienados. Dos mil locos respirando al unísono el excremento científico de la experimentación. Dos mil cabezas afeitadas. Esa intermitencia en los focos de 100 watts por cada descarga eléctrica en nuestros cuerpos.

¿Cuerpo? Una pila, un puente entre protones y electrones. Células nerviosas. Rayo que parte el encéfalo como una nuez. Células muertas.

No, yo no conozco mi cuerpo ni el deseo al inicio del
[siroco.

No, no reconozco esa fosforescencia en la punta de los
[dedos.

No, no sé quién es el otro en el espejo con las encías
[abultadas.

Ese que escribe ecuaciones en el vacío y repite hasta el cansancio, con los testículos al aire: "Lo que no mata, fortalece... Lo que no mata, fortalece... Lo que no mata, fortalece".

No, yo no conozco mi cuerpo, pero voy hacia mí.

iii.- ¿...?

El expediente 241167 ha capitaneado más de setecientos vuelos con barbitúricos.

Ha visto la diversidad de la luz en el espectro solar. Ha soñado que su madre le sonreía detrás del vidrio que los separa en el pabellón. Con sus manos cubrió las pequeñas cicatrices, las hendiduras de la aguja hipodérmica. No quería perforar el sueño, horadar el cielo.

*Madre efedrina, rescátame.
Madre de todas las anfetaminas,
devuélveme la voluntad por un instante.
Escucharé cien gritos y cien gritos
más se anidarán en la cabeza.
Señora adrenalina, devuélveme
la paz alterada de quienes viven
sin saber de estas paredes,
y barrotes que me resguardan.*

Lo hallaron colgado en el árbol de olivo, desnudo. Una mosca erraba por sus labios.

iv.- ¿...?

De niño observé un tiburón enorme, medía quizá tres o cuatro metros, debió haber sido apaleado por no menos de cinco hombres en alta mar para que sucumbiera. Yacía en una plancha de concreto; a un costado, un tipo afilaba una cuchilla para reducir al pez en postas. Jamás olvidaré la mirilla extraviada, la mirada vidriosa, muerta del escualo: me persigue en el sueño y en el insomnio.

v.- ¿...?

Escucho caer una por una las gotas sobre la tierra de Etruria. El silbo del cielo es gemido. Lo sé, Dios no es perfecto, ¿puede ser dolado quien arriesga la fe en el sitio de Volterra?

Las cárceles de la razón despojan el alma de sus formas.

Noche ámbar, oscuridad sin reposo donde el relámpago es tortura. Miedo de cerrar los ojos y perderme en la insistencia del agua, en el bautizo secreto del infierno.

Groenlandia

[1]

En los días recientes he pensado en Groenlandia. En los inuit y su lengua, trato inútilmente de pronunciar sus nombres. Leí que las distancias en Groenlandia se miden en sinik, en “sueños”, en el número de pernoctas que dura un viaje.

...por momentos, recuerdo la blancura de Nuuk, como si se pudiera añorar lo que no se conoce.

[2]

¿Y si Groenlandia no existe?, ¿si en realidad es un sueño?, ¿un pensamiento bajo cero para recordar la alquimia del agua? Entonces, ¿existió o soy parte del hielo?

[3]

Todas las respuestas están en el hielo, en las vetas del hielo.
Eres tan lejana, Groenlandia, dilatada como la noche. Inabarcable y lenta flotas hacia los polos ocultando tus misterios.

¿Qué existe debajo de tu estado sólido, del silencio compacto, de la densidad más ligera que el agua?

Muero en el ardor de tu abrazo, en el deseo helado de
[tu caricia.

Muero de ti / sin ti.

[4]

Extraño lo que desconozco y no sé dónde encontrarlo. Las referencias geográficas no me son suficientes, Groenlandia. Si yo pudiera tenerte, asirte, pero tu esencia inasible pesa más que mi nostalgia. Te desvaneces aún sin conocerte.

[5]

Tu nombre es un continente. Kalaallit Nunaat / Grønland. Tu nombre es una herida, una elipsis. Una isla entre el Atlántico y el Ártico. Tu nombre es el deseo, el olvido. Es la tundra, la corriente del Labrador. Tu nombre es un destello en la nieve. La bahía de Baffin y el estrecho de Davis. Tu nombre, arde.



Semblanza de Enzia Verduchi

Becaria del Centro Mexicano de Escritores en 1992, ese mismo año obtuvo el Premio Nacional de Cuento Efraín Huerta. Becaria del FONCA en 1996 y 2003. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México a partir de 2004. Ha publicado los libros de crónica *40 grados a la sombra* (2013) y *Los segundos y los días. Breviario sobre el temblor* (2018). Y los libros de poesía: *Cartas de usurpación* (1992), *El bosque de la hormiga* (2002), *Groenlandia* (2018) y *Nanof* (2019). Finalista del Premio Internazionale Letterario Camoïre Francesco Belluomini 2025, por la versión en italiano de su poemario *Nanof*, publicado por la editorial Fili D'Aquilone. Su obra poética ha sido parcialmente traducida al inglés, francés, portugués, italiano, hindi y polaco.



Carlos González Gutiérrez

POESÍA

Nunca me he preguntado ¿Para qué sirve la poesía?
Obedece a un impulso esencial que intenta crear con palabras
toda la belleza del odio, del amor, de la luz y la oscuridad,
del bien y el mal, de tí y de mí en el orden que gusten.
La primera poesía es imitativa, vacilante, balbuceante y mala.
Más adelante la vas afinando, le vas sembrando tú semilla.
Ya posees la «adulterez» para hablar de la vida y de la muerte,
de los sueños que se quiebran, la vida que se trasmuta, el rojo
que cobra color sangre. Respiras y transpiras sentimientos.
De pronto la vida entera en contacto con el odio, la codicia,
la aniquilación, la injusticia; y la muerte se vuelve ilícita. In-
merecida, innecesaria.
El maestro Carlos Monsiváis decía que la poesía no sirve para
nada, pero en el sentido pragmático sirve para todo.
La poesía aclara o explica; magnífica y tiene memoria. Más
aún, nos sirve para memorizar lo cotidiano; no importa si
sólo eres oyente. Si no la escribes o la lees.
Es una invitación a un acto de espiritualidad laica, es hablar
del cielo y el infierno desde la individualidad d nuestro púl-
pito. Vociferando calladamente.
Pregunto ¿Para qué sirve la poesía? En un mundo convulsio-
nado y atroz, vivir viéndolo todo y sufriendo todo con todos.

Tenemos los poetas que crear y recrear la poesía pura, inútil, cruel en toda su exclusividad, y eso no basta, no duele lo suficiente, no sangre lo suficiente, no canta lo suficiente. La belleza de lo imperfecto es la perfectividad. Quizá por eso la poesía de hoy grita con el dolor de todo y de todos y ama con el amor de todo y de todos.

Hay quienes buscan caminando a ciegas. Al menos caminemos con ellos.

No me importa si mi poesía es circunstancial por lo impura y perecedera. Si solo un hombre se siente comprendido y acompañado, consolado y estimulado. Tengo la respuesta
¿Para qué sirve la poesía?

NO QUIERO SER POETA

Él tiene la cara
y las manos sucias
pero el alma limpia;
tiembla de frío
por estar ardiendo en fiebre.
Sus ojos ya no tienen lágrimas porque sus lágrimas
ya perdieron la razón de ser.
Porque el océano de la tristeza cabe en una sola de ellas.
Él se llama Antonio,
tiene seis años
y hambre desde siempre.
Él es Manuel y ella Inés.
esos que ves ahí.
Son hermanos
no de carne
sino de huesos.
Miro mis zapatos
y veo sus pies descalzos.
Voy por caminos iluminados
y ellos por veredas
polvorientas y oscuras.
Los miro de reojo.

me aterra encontrarlos
de frente y que sea un espejo.
El abecedario de la pobreza
les recuerda que el miedo con sangre entra,
que es la lección que se deben aprender de memoria,
cada día.
Que es el catecismo
de un Dios que los ignora.
Que el sol y la luna
son migajas
de el mismo pan sin levadura.
Por eso yo no quiero ser poeta.
Es un vino muy amargo
y se atora en los ojos y la garganta,
y se acaban las canciones
y los paisajes,
y los colores
y la promesa
de una vida eterna.
Tengo una hostia de tiempo
bajo la lengua.
¡No, yo no quiero ser poeta!

MADRE

Yo he nacido
porque a mí madre
le florecieron las entrañas.
Un día he de morir... cómo todos los hombres de esta tierra
y al morirme yo
se muera un Dios
y un diablo por igual.
Toda mi poesía tiene árbol,
tiene ramas desnudas
y silencios de pájaros.
Vine a este mundo
con el oficio de ser poeta

con palabras de cristal
y astillas de agua.
Soy un hombre simple y cualquiera.
Con palabras duras
colgando de mis labios,
se decir "hambre, dolor, pobreza"
pero también canto
"madre, amor, estoy contigo"
Cuesta mucho ser barro y ser poesía.
El hombre es un relámpago con luz durísima.
Es el pozo dónde las estrellas se suicidan.
Qué dulce canción de cuna el crujir de huesos de la luna.
Camino sobre tu cuerpo
buscando flores
y encuentro tempestades.
Tengo heridos los sueño
por pensar que el amor
está en el trigo que siembro
cuando estoy contigo.
Me alimento de lluvia
y agrupo el dolor en un costado.
Un Dios homicida renace cada día.
La muerte está enamorada de la vida
y siembra en mi huerto su esqueleto.

MISERIA

Con siglos de herrumbre
en las entrañas,
los pobres deambulan
por plazas y mercados.
Tienen ojos de fuego y piel de cenizas y huelen a viejos
[desahuciados.
A empeñones embisten a sus hembras con fuerza animal.
[Escupen y mastican a la luna
y es vinagre y sudor
el vino de la noche.

No saben del amor ni de luciérnagas.
Pero saben que el hambre
está en sus mesas,
que cómo sopa caliente
los espera.
No saben del amor.
No interesa.
Hurgan y blasfeman en la alcoba
fétida de sexo y de tristeza
Buscando un poco de amor en la miseria.
No saben amar y no interesa.
Un joven se suicida cada noche.
Un vientre es una fosa clandestina.
Una niña prostituta en las esquinas.
Es solo un día más,
otro día
de hambre,
de dolor y de miseria.

POEMA

para escribir un poema
Se requiere tan solo
Un trozo de papel y lápiz,
Un trozo de cielo
con sus nubes,
Una pequeña
porción de luna llena.
Alguna estrella fugaz
como la vida,
Dibujar el sol
cómo manzana,
Morderla rabia,
acariciar la ira,
Abrir las puertas
y cerrar ventanas.
Para escribir un poema

Hace falta
que el insomnio
corra por las venas
A galope todas
las palabras
En infernal carrera
por el verso.
Para escribir un poema
sirve igual
Un pájaro que
una mariposa.
Una rosa
con pétalos y espinas
O Un par de enamorados.
Para escribir un poema
no hace falta
flor y primavera.
tan sólo un poco de invierno
con sus canas.
Un verano con durazno
entre las piernas,
un otoño nostálgico
en recuerdos.
Para escribir un poema
hace falta silencio por los muertos,
gritar consignas
por los muertos,
bañarse de muertos
hasta los huesos.
Una gota de sal,
un mar entero.
Para escribir un poema
hace falta
que el día sea
como cualquiera.
Un domingo jubilado
de pereza
Un lunes de saco
y de corbata.

Para escribir un poema
hace falta una taza de café,
ojos tristes.
Entrecerrar
las cejas y los labios,
Silbar una canción de los 70's
Cómo un intelectual
en obra negra.
Para ser poeta;
basta que alguien
te apuñale de amor
un día cualquiera.

EN ALTAMAR

Cuando quise ser fruta,
el árbol no sabía
de mi existencia.
Gastaba su tiempo
con historias de escaleras,
nidos desnudos de pájaros
y relámpagos apagados.
La voz de aquella
niña era sonaja
y los campos
al escucharla
movían sus faldas
de lentejuelas.
La muerte
se siente tibia
como leche materna,
así de dulce fue ella.
De otro fue, sí.
De otros silencios
y otras orquídeas.
El sol supo de su piel
y la noche

de sus deseos
de luciérnaga.
Yo me quedé
con las llagas en los ojos,
las fiebres en los labios
y una piedra
en la garganta.
Ya no sería mía,
el alba tiene
la costumbre
de desnudar al día
y yo en mi locura a ella.
La amé como
un delfín en mar abierto,
hasta aquella tarde
en que la luna
se volvió sirena.
Ya no sería mía,
ya no.
Ya no sería
de ella.



Semblanza de Carlos González Gutiérrez

Originario de Villahermosa, Tabasco. Poeta y locutor. Es diplomado en Creación Literaria y en Literatura Mexicana del siglo XX. Actualmente, colabora y es voz oficial de la Compañía de Danza Folklórica de la ciudad de Villahermosa, así como auxiliar en el departamento de Atención a grupos y reproducción de festivales de la Dirección de Promoción, Vinculación Cultural y Festivales Artísticos de la Secretaría de Cultura de Tabasco. Además, ha tomado seminarios en Planeación, administración y políticas culturales, así como de Procuración de fondos con validez curricular por la Secretaría de Educación Pública.



Ervey Castillo

DISPERSIONES

Paciente
el árbol permanece
en su sitio
aglomera en su tronco
la luz de ciertas nubes
y lleva a su memoria
minerales que brotan
de profundas raíces
de agua clara

Paciente
acumula los siglos
y se añeja
en los frutos maduros
esos con los que habla
de la eterna dulzura
que fue venir de lo alto
a plantarse en la tierra

Para que nadie
interrumpa tu sueño
danzan las ramas

RAZONES

De allá de entre el follaje
se desprende la esencia

La lluvia vegetal de la semilla
toma su sitio
silenciosa y tenue

Prendida al viento
va la simiente amada
a fecundar el día

Se desprende la esencia
y el destino más frágil toca el cielo

En el soplo del viaje
también va la pregunta
la de mirar abajo el infinito
y saber que la muerte es necesaria
para que todo pueda
por fin estar presente

por fin estar sin uno
y olvidarse

La luz dentro del viento multiplica
su afán de confundir su propio vuelo
en la caída que al tocar las sombras
estalla en plenitud de su latencia

VIBRACIONES DEL ÁNGEL

El grano se desplaza
alado a su memoria
de permanencia y canto

La ordenanza:
Instalarse,
dar en el blanco,
fecundar la aventura,
tocar de frente
el sitio milagroso
donde cielo y raíz
fincan sus reinos

Alas de expedición
que ya se alejan
de la fuerza nodriza
a perpetuar la estirpe
de aspavientos
en que los montes danzan

Ya se presiente el bosque
y de menear las ramas
se glorifica el aire
modulado en la tráquea
que es siringe

con que todo se nombra
y recomienza.

Ya se afina la luz
ya se aproxima
el tono de las cuerdas
que se agitan

en destello apacible
para sembrar la unión
que al alojarse
ha de dar su calor
a lo que vive

Cuelgan del cielo.
Las flores tienen alas
en primavera.

SÓLO UNA VEZ SE VUELA

Antes que fuera el ave
la simiente
sobrevolaba inquieta de extravíos

Sin rumbo fijo
hacia la tierra
se encauzaba aquel viaje:
 periplo de buscar
 dónde fincarse
 en su único vuelo
el necesario
para enraizar el aire
en tierra firme

Hojas y alas.
Van y vienen, respiran:
 la travesía del vuelo
 es su morada.

RELÁMPAGOS HENCHIDOS

Un día el relámpago
alcanzó a sacudir a la semilla
cuando apenas trazaba sus designios

Tocado resplandor
llama mecida del prodigio

Una vez encendido
el germen remontó
nuevos senderos
con el libre albedrío
y los temblores
de aquello que ya sabe
que un mandato supremo
es lo que anima

«Eh aquí la conciencia
de lo que vive y muere»
dijo un canto más alto
que su vuelo

De un momento a otro
la semilla se supo en otro sueño
y en extendidas alas
con propia voluntad
y sintonía
sobrevoló en el gozo
de ser ave.

Ya sin las coordenadas necesarias
se internó en su encantado laberinto
a una ilusión plantada
por la mano invisible del asombro

Así la melodía
recorrió incertidumbres
tocó suelo

corrió a mirar el agua
y conocerse
para luego volver sobre sus alas.

«¿Adónde puedo ir
para toparme
con mi propia raíz
de dónde vengo?»

Un nuevo resplandor
tocó su frente
y le llevó a posarse
sobre el árbol

«Esta es mi casa entonces»
— Dijo el canto
al probarse en los frutos
que le amaban

Razón del equilibrio
tiene el árbol
cuando oscila sus gajos
y acaricia sereno
lo que toca

La luz
dentro del viento
es su guarida

CANCIÓN DE LA MESURA

El tronco en su simpleza
echa raíces
y a la vez eleva
sus ramas de oraciones
hacia el cielo

Su quietud encantada
hace el mundo apacible
y ya no importa el tiempo
 (el que habla del fin
 y su principio)

El árbol solo quiere
poner en equilibrio
lo que al saberse alcanza

De su sombra meteoro
que se estrella en la noche
más amada del sueño
nace todo lo cierto
que del vigor emana

El mundo vegetal lo sabe todo
y en silencio nos habla
de armonías

en que se hacen preguntas
a las sombras
y las responde el alba

Ya dormidas las aves
 sobre el árbol
 olvidan que son alas
y en frondosos ramajes
 se acicalan

REVELACIONES

Las cosas más amadas
como el cielo que ves
no se pueden tocar

Si cierras bien tus ojos
y respiras profundo
se oye el aire brotar

Toca el viento tus sueños
cuando el ave que pasa
se decide a cantar

Canto de Otoño.
Cada hoja que cae
emprende el vuelo.

CASCARÓN DE PLUMAS

Aquí
en sus ramas tiene
este árbol maduro
un puñado de hojas
convertidas en nido
donde crece sin miedo
lo más cierto del aire

Crece, sí
dentro del huevo,
dentro
la luz que ya no echa raíces

Crece, sí
la brújula encantada

la morada del viento
y su garganta.

Y en las tardes más claras de la noche
hacen fila los árboles gozosos
para abrazar las alas que retornan

LUZ GOZOSA

Desde la cima
los huevos adivinan
el milagro del vuelo
en el vaivén
de las hojas despiertas

Nada saben del cielo
y ya presienten
el máximo equilibrio,
la voluntad de dar
aire y espacio
a tanta luz que es gozo
y que se canta

Nada entienden del mundo
pero allá en lo amarillo
de su centro
el huevo ya es galaxia,
gravedad de la rama
en que se anida
un afiebrado sol
aún dormido

El sol se marcha.
Deja al ave en sus plumas
tibias promesas.

Semblanza de Ervey Castillo

(Tabasco, 1973). Escritor, investigador y editor. Es director de Casalia Ediciones y subdirector de la editorial Anteros. Tiene publicados cinco libros de poesía y como ensayista figura en libros del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (UJAT) y el Fondo de Cultura Económica.

El viaje no termina se titula el trabajo iconográfico que realizó sobre la vida y obra del narrador Andrés Bello. Parte de su trabajo ha sido traducido al inglés, catalán y francés. Figura en diversas antologías de poetas de México.

Ha participado con lectura de su obra en diversos foros culturales como la Feria Internacional del Libro (FIL, Guadalajara), la «Primavera de los poetas» en París y en eventos culturales de Canadá.



Gustavo Ruiz Pascacio

UN DESPROTEGIDO REINO (Fragmentos)

1.- Primero fueron las cosas

Y sepan que nadie puede llegar hasta este paraíso, ni por
[tierra ni por mar.

Jean de Mandeville, Voyages.

Pido por los sucesos evadidos de la luz.

Por la excusa de violenta pertenencia.

Por la marcha de partículas y otoños.

Pido por la longeva loza que nos previene

de la cuenta que hay entre el vestíbulo y el traspatio.

Pido por los avisos que ha dejado en prenda la muerte.

Por la lejanía de las arboledas sacudiéndonos el destierro.

Por la mirada de los arrieros.

Por el botín de la camaradería,

y por la nativa intromisión del fósforo

que me trae el relato más antiguo de lo que sigo siendo.

He resistido el tegumento de los seres del terciario,

la gesta naciente de los mamíferos,

el ciclo voluntario de las apariciones,

las más avezadas teorías de la naturaleza en su origen.

He resistido la sombra del rival que nunca llegó,
el culto de una mujer como alianza cervantina,
las formas más elementales de la memoria,
el tajo de Hefestos en la letra viva,
el ristre pulso del surtidor de los siglos
y el infinito cúmulo de Dios un día.
Bajo las lanzas de un amanecer etrusco
una mujer me dio su cuerpo casi a la deriva.
En consonancia con su aroma de sándalo
creí hallar en ella
una mayor alianza que el mar.
Esa verdad, medida,
como el abonero celta que la trajo a mí,
no respondió a mi calidad de orfebre.
Sólo marcó en la terracota quimera de Etruria
el monumental destino de los Césares.
Después de la presunta carga de los dioses
y su fisgona mirada de cada tiempo.
Después que tus manos
no hallaron las mías en ese navío de Cartago,
y que las bestias enloquecieron después de tanta sangre.
Sin madre a quien confiar mi túnica,
ni padre agorero de batallas,
ni galos desnudos en territorio ajeno,
ni cómo decírtelo por encima de estos montes,
amada, a la postre,
exhausto por la falange en turno,
sólo me queda enviarte este mensaje:
“Ni el viento de mi sombra besaré tus pies”.
No sé quiénes fueron los hombres
que aprehendieron generales de Ur hasta Crimea.
Ni dónde ocurrieron las desgracias
de hallar y abandonar tesoros en el fango.
No sé en qué patio de Pompeya
iluminó su sacudida inicial la muerte.
Ni dónde se topó el maya con la inscripción de su espejo.
Ni quién echó a la suerte los vestidos del primer ladrón.
Yo sólo sé que tu nombre
es la vertiente de lo propio y de lo ajeno.

Yo sólo sé que tu nombre
inaugura todo lo nuestro y todo lo distante.
Y que me faltan trazos para dialogar tus manos
si en este enjambre de mundo no te nombro cabal,
como la firma de tu diadema en mi unicornio.
Qué diría la sombra del bosque sin tu aliento.
Sin el aire que pulsa la vocalía de tu estampa.
Sin el furtivo acertijo por el que mira el tiempo de tu tiempo.
Qué diría el costado del sol sin tu borde.
Sin el precipicio de tu palpo que humedece.
Sin el rango del índice en tu hora más pronunciada.
Qué diría mi muerte
que ronda minuciosa disfrazada de lanzas macedonias,
que han venido con sus cascos
proclives a demenciar la empuñadura de mi escribanía.
Qué diría mi muerte, vigía y concienzuda,
si no hay más rastro de ti
que la sombra del bosque sin tu aliento.
Tendrás la libertad de pronunciar mi nombre arriba o abajo,
[dijiste.
En días despóticos, la recaudación de un saldo a favor.
En velas mortales, el recurso del migrante.
Tendrás la callada sensación de mi presencia.
En la puesta en marcha de cada operativo gozoso.
En el último escalón que anuncie tu derrota.
Para que te lo aclare cada ronda de tu adiós
tendrás en ti la idea de que estoy rodeándote las manos.
Verás sobre las aguas un crepúsculo.
El fruto de mi mirada en aquella mujer que no volviste a ver.
El grado de mi pulso en la endeble proeza del que te anticipó.
Tendrás al fin la cara del espejo.
La respuesta de cada melodía.
Las horas en vuelo.
La noticia extraordinaria.
El sueño revelado en tu nombre.
El reino prometido en el mío.
Un hombre mira al hombre del Single Bar,
atravesado por la forja de hierro
que implantaron los hombres de Carlos V.

Ensimismado en el claustro de una queja novohispana.
Prosélito de los espejos en un solar decimonónico.
En alguna de las dos guerras
su corazón fue una pizca de entretiempos.
Sus manos largas,
el atinado despunte de una ceremonia frente al río.
La curva de su perfil, el espanto de la grey
terriblemente aparte del refugio del alba.
Un hombre mira,
y los hombres que su sombra ha sido
lo miran con recelo.
Un hombre corre,
y no sé exactamente
si se da a la fuga o viene perseguido por sus quimeras.
Si lleva una maleta sobre sus hombros
o la certera mordedura de una deidad babilónica.
Si simplemente cruza el camellón
o cada tranco es una estigia respuesta de la vida.
Un hombre corre,
y no olvido los ojos que lo miran.
Hay ojos que punzan la caverna.
Ex profesos ojos para los hombres que corren expósitos y
[asiduos,
como el liberto que no sabe qué hacer cuando declina el día,
y no hay escala de lanzas macedonias sobre su cobija.



Semblanza de Gustavo Ruiz Pascacio

Nacido en Tuxtla Gutiérrez (1963), es Licenciado en Letras Latinoamericanas (UNACH) y Doctor en Ciencias Sociales (CESMECA-UNICACH). Actualmente es docente en la Licenciatura en Escritura Creativa de la UNICACH. Inició su trayectoria con becas del Centro Chiapaneco de Escritores (1993-1994) y FOESCA (1996, 1998). Ganó el Premio Estatal de Poesía Rodolfo Figueroa 2001 por *El amplio broquel de la melancolía* y el prestigioso Premio Bellas Artes de Literatura Luis Cardoza y Aragón 2003 por *La plástica en Chiapas: el tránsito del color y la explosión de la forma*. Su obra poética incluye títulos como *Cualquier día del siglo* (1994), *No viene la primavera...* (2013) y *Cuaderno de Innsbruck* (2020). Como ensayista, ha publicado *Los fantasmas de la carne* (2000), *Los andenes de la voz* (2015) e *Instantes y presagios* (2021), consolidándose como un intelectual fundamental en la cultura de Chiapas.



Ensayo

Héctor de Paz

Entre lo naco y lo chido está mi yo profundo (Apuntes sobre identidad y cultura)

Yo soy como soy, y a casi todo el mundo le pedí prestado.

Silvio Rodríguez

1.- Mochila, mochila... diría Dora, la Exploradora

Soy tan híbrido como mi mochila: pasajero en tránsito, ente a medio camino: ni morral de jipi trasnochado ni portafolios de yupi farmacodependiente: no, tan sólo una mochila para llevar a la espalda, como la Historia misma.

Con el fin de parecer hombre de mi tiempo, yo también hablo de procesos de globalización mundial, los cuales han provocado cambios culturales que plantean una encrucijada a los anhelos de conservar y preservar la identidad de los pueblos, sobre todo, cuando no existen identidades que puedan resistir en estado puro más de unas cuantas horas ante la contundencia de los estímulos que nos llegan de todos los rincones del mundo.

(En la calle compro chanchamitos que calentaré en un horno de microondas fabricado en Asia)

La globalización va más allá de los límites nacionales y, como la pobreza, echa sus raíces en cuanto lugar encuentra, sin que importe el grado de desarrollo de los países que toca (y los toca a todos, en mayor o menor medida); así, la globalización podrá entenderse como lo local intervenido, pero al mismo tiempo, representa la potencialización de lo local.

(¡Por el amor de Dior!, la pobreza es pintoresca, compréndelo de una vez, y registra tu ONG)

Sin embargo, la globalización no hace desaparecer a las identidades locales, porque mientras nos volvemos homogéneos, al mismo tiempo se va fortaleciendo una dinámica de autoidentificación, que puede ejemplificarse con el surgimiento de diversos nacionalismos y la revitalización de los pueblos indios y demás grupos sociales que en esa identificación hallan una afirmación local, un sentido de pertenencia.

(Me gusta la horchata de coco, pero también el Propel sabor durazno)

La identidad puede ser entendida como lo que somos ahora mismo, no lo que idílicamente fuimos ayer o mesiánicamente seremos mañana; entonces, la identidad cultural es un sentido de pertenencia y diferenciación que se va construyendo en las prácticas cotidianas y en los rituales de una comunidad, creando, reproduciendo y transformando una producción simbólica, dentro de un proceso permanente de reflexión y acción que los seres humanos realizan sobre el mundo para comprenderlo y transformarlo.

(A mi estómago le caben, sin mayor problema, dos tamalitos de chipilín o una Big Mac sin pepinos)

El sentido de pertenencia nos permite identificarnos como parte de algo, ser personas construidas históricamente, pero, además, también somos según nos definen las relaciones con otros, por ello, el concepto de cultura está unido a las nociones de identidad y alteridad.

(Como dicen los malos de las películas: Yo soy quien soy, según quién me lo pregunte)

En esta esquina: una cultura globalizada que enviste a lo local con afanes hegemónicos; y en esta otra: lo local que se resiste a desaparecer mediante mecanismos de sobrevivencia y embates movilizadores reivindicativos. Señoras y señores, estamos presenciando una verdadera complejidad de los modelos identitarios, en virtud de que la gente quiere acentuar sus valores locales al mismo tiempo que compartir los estilos y valores globales; y por cortesía de nuestros patrocinadores, les recordamos que a partir de ahora ya puede hablarse de una contundente universalización de los particularismos o, lo que es lo mismo, de la valorización global de las identidades particulares, sin fecha de caducidad y en presentaciones individuales o familiares.

(Escuché uno de los insultos más ingeniosos producto de la globalización informática: «Vete a checar tu *e-mail*»)

Hubo un tiempo en que se pretendió superar nuestras formas tradicionales para avanzar hacia la modernidad, y ahora comienza a ser inadecuado pretender conservar o preservar las culturas tradicionales intentando valorarlas como lo propio o auténtico; pretender que el pasado o las raíces son los aspectos en los cuales reside la verdadera identidad nacional, solamente condena a los portadores de las culturas tradicionales a una fatal atadura en lo estrictamente «propio» que puede aniquilar su potencial transformador e incluso los mismos procesos de reproducción de lo tradicional.

(Ni el paliacate ni el Kleenex: lo verdaderamente importante es el sudor de la frente)

Si pretendiéramos actualizar una conceptualización teórica de la identidad cultural, que supere las concepciones esencialistas o metafísicas de lo local, de lo tradicional, habría que partir de una visión de la identidad cuyo fundamento sea el reconocimiento de que todos formamos parte de la cultura

global donde se mezclan, sin desaparecer, los contextos locales y nacionales como condicionantes básicos de la identidad.

(Lo cortés no quita lo caliente... perdón, lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc)

Vivimos en tiempos culturales truncos, mixtos, en proceso, que conjugan premodernidad, modernidad y posmodernidad y gracias a esta promiscuidad vivencial, nuestra personalidad cultural es múltiple, ambigua, metamorfósica, es decir, nuestra identidad espacio-temporal es en realidad varias identidades, y podemos encontrar en nosotros mismos varios «yo profundos».

(Soy tan híbrido como mi mochila, y la mochila no es para lo que llevas, sino para lo que te encuentras en el camino)

2.- Por tu amor palpitando sus senos...

La historia es más o menos conocida: en noviembre de 1853, siendo presidente de la república Antonio López de Santa Anna, el Ministerio de Fomento publicó una convocatoria para la creación del Himno Nacional Mexicano. La convocatoria, firmada por Miguel Lerdo de Tejada, señalaba un plazo de veinte días para presentar los trabajos, entre los cuales habría de elegirse «a la mejor composición poética que pueda servir de letra a un canto verdaderamente patriótico».

Francisco de Paula González Bocanegra, que perdería el «De Paula» al pasar a la posteridad, era entonces un joven poeta de 29 años y no tenía la intención de concursar, plenamente consciente de que una cosa es escribir versos para la mujer amada y una muy distinta redactar un canto laudatorio a la Patria, así, con mayúsculas. Sin embargo, las verdaderas musas son generalmente mucho más pragmáticas de lo que aparentan, en virtud de lo cual Guadalupe González del Pino, tenía mucha fe en la calidad poética de su novio: encerró a Francisco en una pieza aislada y se negó a dejarlo salir

mientras no pasara por debajo de la puerta la composición que iría a concurso.

Se cuenta que una vez superado el bloqueo de escritor, González Bocanegra invirtió aproximadamente cuatro horas en redactar el texto, con versos que fluyeron prácticamente sin corrección, dando como resultado una obra improvisada en cuanto a su forma, pero detenidamente pensada en cuanto al contenido.

En total, los organizadores recibieron 25 poemas, de entre los cuales el jurado eligió la composición de González Bocanegra; al hacerse públicos los versos, el entusiasmo fue tan grande que, al retrasarse el concurso para elegir la música, Juan Bottessini, director de la Compañía de Ópera Italiana (que se presentaba en el Teatro Santa Anna), puso música provisional a la obra, ejecutando la composición el 17 de mayo de 1854, en las voces de la soprano Enriqueta Sontang y el tenor Gaspar Possolini.

En agosto de 1854, el jurado musical dio su fallo: de las 15 composiciones presentadas a concurso, se eligió la de Jaime Nunó Roca, quien, por pura coincidencia, ocupaba el cargo de inspector de las bandas militares del gobierno mexicano.

Nunó Roca había nacido en San Juan de las Abadesas, en el Pirineo catalán, provincia de Gerona, España; a los 17 años fue becado en Italia para perfeccionarse en la composición musical, dedicándose a escribir misas, arias, motetes y piezas orquestales. De regreso a España, se dedicó a dirigir orquestas, impartir lecciones y se especializó en bandas militares, por lo cual fue nombrado Director de la Banda del Regimiento de la Reina, lo que le valió ser trasladado a Cuba para organizar las primeras bandas militares de ultramar.

Jaime Nunó y Antonio López de Santa Anna se conocieron en La Habana en 1853, donde el general invitó al músico a establecerse en México para desempeñar idéntico cargo: director de las bandas militares. Ya en México, al conocerse la

convocatoria para componer la música a los versos del himno nacional mexicano, Nunó participó con la pieza titulada «Dios y Libertad».

A la caída de Santa Anna, el músico salió de México y se trasladó a Nueva York, donde ganó fama como director de orquestas. En 1901, el gobierno mexicano lo invitó para dirigir la orquesta durante las Fiestas Patrias y tres años después, en 1904, al cumplirse el cincuentenario del himno, hizo una nueva visita a México. El músico murió en 1908, y sería hasta 1942 que sus restos fueron entregados a México para estar junto a los de González Bocanegra, en la Rotonda de los Hombres Ilustres, hoy llamada oficialmente Rotonda de las Personas Ilustres.

El gobierno conservador fue totalmente desplazado a finales de 1860 y los conservadores, por el sólo hecho de serlo, fueron perseguidos por los vencedores; Jaime Nunó había salido ya del país, mientras que Vicente Segura Argüelles, el primer editor del Himno Nacional Mexicano, cayó asesinado en la calle.

Como se temía por la vida de Francisco González Bocanegra, su tío José María lo escondió en el sótano de su casa, en lo que hoy es la esquina de Isabel la Católica y Tacuba, a sólo media calle de la casa en que fuera escrito el himno. Muchas noches, González Bocanegra se vestía de indio de calzón blanco para ir a ver a su esposa y sus tres hijas. En su escondite, lo alcanzó la epidemia de tifo que azotó a la capital mexicana a principios de 1861, y ahí, escondido y perseguido, el cantor de la Patria, otra vez con mayúsculas, murió a los 37 años. Los periódicos de la capital hablaron en muy breves líneas del «joven poeta que tanto prometía», pero ninguno mencionaba el Himno Nacional Mexicano, porque estaba prohibido.

Este mínimo recuento ilustra de alguna manera la forma en que se construye nuestra interculturalidad, ya que el compositor de la música del Himno fue un español de la región catalana que se fue a vivir a Barcelona, estudió en Italia, trabajó

en Cuba, llegó a México, murió en los Estados Unidos de Norteamérica, y sus restos mortales se encuentran en nuestro país.

Lo cual me lleva a uno de los textos de José Emilio Pacheco que más me impactaron la primera vez que lo leí, porque precisamente pone en tela de juicio el patriotismo que nos han inculcado desde niños. El poema, contundente en su brevedad, se llama «Alta traición», y dice así:

No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
 es inasible.
Pero (aunque suene mal)
 daría la vida
por diez lugares suyos,
 cierta gente,
puertos, bosques de pinos,
 fortalezas,
una ciudad deshecha,
 gris, monstruosa,
varias figuras de su historia,
 montañas
-y tres o cuatro ríos.

Estas visiones tan encontradas sobre un mismo tema, me llevan, por asociación de ideas, a unas frases muy rudas que sobre el mismo tema escribiera el viejo gruñón de Schopenhauer:

Todo el que posee méritos personales distinguidos, reconocerá más claramente los defectos de su propia nación, puesto que siempre la tiene presente a la vista. Pero todo imbécil execrable, que no tiene en el mundo nada de lo que pueda enorgullecerse, se refugia en este último recurso, de vanagloriarse de la nación a que pertenece por casualidad; en eso se ceba, y, en su gratitud, está dispuesto a defender (con manos y pies) todos los defectos y todas las tonterías propias de esta nación.

3.- *Si lo mexicano es naco y lo mexicano es chido...*

Ahora que los grados académicos se han vuelto tan importantes como los antiguos títulos nobiliarios, algunos sienten la tentación de agregarle a su nombre las siglas C. P. T. (Con Primaria Terminada), para darle caché a los documentos que firman. Así pues, los que hayan pasado por un aula escolar saben desde niños que esa barrita cilíndrica que sirve para escribir en los pizarrones se llama en México «gis», término que según el Diccionario de la Real Academia Española, viene del latín «gypsum», que significa «yeso»; sin embargo, la RAE no define «gis», sino que remite al término «clarión», del francés «crayon», y dice que es una pasta hecha de yeso mate y greda, que se usa como lápiz para dibujar en los lienzos lo que se ha de pintar, y para escribir en los encerados de las aulas.

Hasta aquí, todo muy tranquilito. Sin embargo, la cosa se pone medio sospechosa cuando uno se entera de que, en la mayor parte de los países de habla hispana, al gis le dicen «tiza», como saben bien quienes hayan berreado aquella canción de Radio Futura que dice, más o menos, así: «Si te vuelvo a ver pintar un corazón de tiza en la pared...» Entonces, para no quedarnos con la duda, vamos de nuevo al Diccionario y encontramos que tiza está definida como la arcilla terrosa blanca que se usa para escribir en los encerados y, pulverizada, para limpiar metales; además, es también un compuesto de yeso y greda que se usa en el juego de billar para frotar la suela de los tacos a fin de que no resbalen al dar en las bolas (y no es albur, la cita es textual).

Lo interesante de todo esto es que el término tiza viene del nahua «tizatl», arcilla: es decir, los mexicanos, tan orgullosos de nuestras raíces, en nuestras escuelas tan patrióticas preferimos utilizar un término que viene del latín, mientras que los demás hispanohablantes utilizan una palabra derivada del nahua... Si la letra con sangre entra, con un borrador se nos quita lo mestizo.

4.- *Lo que perdura lo fundan los poetas... y siempre lo dijeron ya antes y mejor*

La mayor parte del tiempo me creo más de lo que soy, finjo en lugar de darme completo, aparento en lugar de ser, pero cuando la vida me zarandea como quiere con cualquiera de sus manifestaciones, entonces me veo en el espejo y descubro a un dios en bancarrota, a un exiliado del paraíso terrenal, un bicho que camina, un grano de polvo insignificante en este planeta abonado de muertos. Entonces me busco y trato de encontrar mi lugar en el universo, y recuerdo que la búsqueda de lo universal pasa por lo particular y tan sólo intentando construirme como un sujeto definido puedo pretender una relación de igualdad con los otros que también son yo. Entonces vuelvo siempre a la poesía, porque diciendo quién soy, leyendo a los que tratan de decir quiénes son, puedo dialogar con los otros en una dinámica permeable, o como diría Joao Cabral de Melo Neto: «...un poema es lo que se ordena/dentro de la desordenada vida», y en ese ordenar el caos, nada mejor que el mismo Joao para hacerme entender la identidad y la interculturalidad, en su texto llamado «Muerte y vida severina»:

«Muerte y vida severina»

Mi nombre es Severino
no tengo otro de pila.
Como hay muchos Severinos
que es santo de romería,
les dio entonces por llamarme
Severino el de María;
como hay muchos Severinos
con mamás llamadas María,
quedé siendo el de María
del finado Zacarías.
Pero eso todavía dice poco:
hay muchos en la parroquia,
debido a un coronel
que se llamaba Zacarías
y que era el más antiguo
señor de esta cofradía.
¿Cómo entonces decir quién habla

para vuestras excelencias?
Veamos: es Severino
de María de Zacarias,
allá de la montaña de la Costilla,
límites de Paraíba.
Pero todavía dice poco:
si por lo menos había más de cinco
con el nombre de Severino
hijos de tantas Marías
mujeres de otros tantos,
ya finados, Zacarías,
viviendo en la misma montaña
delgada y huesuda en la que yo vivía.
Somos muchos Severinos
iguales en todo en la vida:
con la misma cabeza grande
que con costos se equilibra,
con el mismo vientre crecido
sobre las mismas piernas finas,
e iguales también porque la sangre
que usamos tiene poca tinta.
Y si somos Severinos
iguales en todo en la vida,
morimos de la misma muerte,
misma muerte severina:
que es la muerte de quien se muere
de vejez antes de los treinta,
de emboscada antes de los veinte,
de hambre un poco por día
(de debilidad y de enfermedad
es que la muerte severina
ataca en cualquier edad,
e incluso en las no nacidas).
Somos muchos Severinos
iguales en todo y en el sino:
el de ablandar estas piedras
sudándose mucho encima,
intentando despertar
la tierra siempre extinguida,

queriendo arrancar
algún brote de la ceniza.
Pero, para que me conozcan
mejor vuestras excelencias
y mejor puedan seguir
la historia de mi vida,
paso a ser el Severino
que en vuestra presencia emigra.

5.- El misterio de la papaya adolescente.

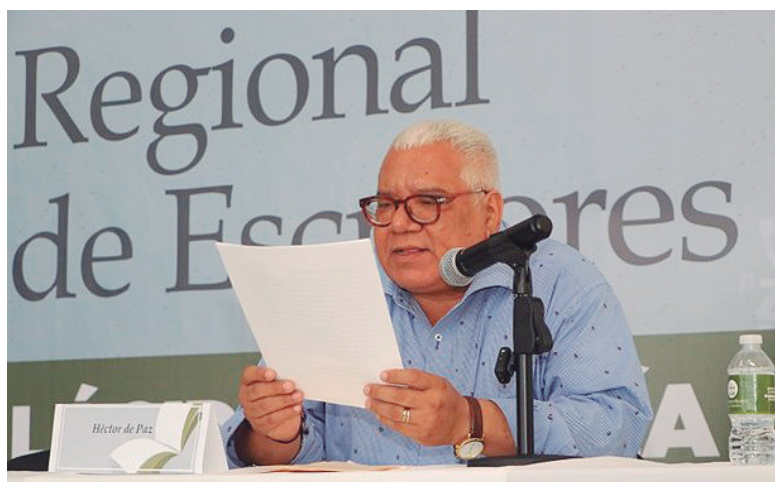
Me mandaron a comprar fruta y en el centro comercial estaba en oferta la papaya maradol; llevé una y a la mañana siguiente, a la hora de partirla, descubrimos con sorpresa que se trataba de una papaya adolescente, porque todavía no maduraba bien y ya se estaba echando a perder. Idéntica impresión de asombro y desconfianza me sobreviene siempre que se pondera la novedad de lo nuevo, porque a estas alturas del video ya no es tan fácil que siga creyendo, por ejemplo, en el nuevo país, el nuevo gobierno, la nueva democracia, la nueva Edad Media, la nueva literatura y, por consiguiente, desconfío también en la nueva cultura, la nueva interculturalidad, sobre todo cuando se proclama con mayúsculas. Esta desconfianza mía será porque vivo en un país que se reinventa cada seis años, en un municipio que lo hace cada tres, pertenezco a una clase que se reinventa cada quincena y yo mismo dejaba de fumar y prometía ser menos peor cada lunes. Sea por lo que sea, y porque me interesa el futuro, si algo nuevo ha de llegar, espero que eso nuevo se haga eco de los versos de Victor Hugo:

Te deseo que siendo joven no madures demasiado de
[prisa,
y que ya maduro, no insistas en rejuvenecer,
y que siendo viejo no te dediques a la desesperanza.

Fin de la cita. Vale que va, pues, chido.

Semblanza de Héctor de Paz

Escritor, editor y corrector de estilo. Forma parte del Departamento Editorial de la Secretaría de Cultura de Tabasco, donde ha coordinado ediciones en literatura, historia, antropología, artes y educación. En 2023 desarrolló el proyecto «Aprendizajes en tránsito», que dio origen al libro colectivo *¡Y que nos bajan del bus!*, con testimonios de niñas y niños migrantes. Ha impartido talleres de escritura, redacción académica y gestión cultural en diversas universidades e instituciones del estado. Coordinó las antologías *Vivo en doradas márgenes* (2011) y *Sureñas* (2018), y es autor de obras como *Mientras la niña duerme*, *Raíz de palabra y silencio*, y *Papeles de la isla*. Su trabajo editorial y literario destaca por su enfoque en la poesía contemporánea y la inclusión de voces jóvenes.



Agustín Abreu Cornelio

Pájaros de Babel

I

*El mito no instaura un sentido mostrándolo de
forma explícita, unívocamente, lo hace haciendo
surgir nuevos símbolos.*

Dando a la existencia nuevos enigmas.

Dilatando interrogantes.

Hugo Mujica

Estas reflexiones sobre el fenómeno poético deben colocarse en el medio dominado por el saber mítico, particularmente, por el mito de la Torre de Babel. Sirvámonos del verso, la cadencia de su ritmo acompasado, para entrar en la circunstancia anímica y mental.

El Verbo era, se dice, uno y todo
era parte del Verbo: la luz como la sombra
— y esa orilla donde luz y sombra se crecen
mutuamente — eran verbo con Dios.

Causa y accidente y testimonio, todo
era palabra que existió sin ser
pronunciada y no decaería nunca;
voz que no pasa y siempre vibra.

En la unidad participaba el hombre.
Su voz cobraba forma en los objetos
y seres referidos. Adán era,
en la gracia de Dios, en armonía.

En la unidad era dictado el hombre,
pero no pudo limitarse a ser;
anhelaba el hacer, pronunciar, conmocionar
cosas y palabras.

Corregir, regir al lado de Dios;
variar el tono,
poner una estatura al horizonte
y acento a la pronunciación divina.

Apiló sílabas, articuló ladrillos,
edificó una osadía razonable;
buscó una llave,
una palabra, para abrir a Dios.

Yahvé fue el dios
que cerró la palabra.

El universo es un lenguaje que lo contiene todo y lo designa todo; es un sistema de signos hiperestésicos. El hombre perdió ese lenguaje, le fue arrancado cuando, insolente y soberbio, construyó la torre de Babel e insultó a dios. Previo al castigo babilónico no había comunicación, sino comunión de todos los seres y todas las cosas. El destino era común y prescrito; el contacto era anunciado; el vínculo de alguien con algo era natural y predecible.

La confusión de lenguas abrió espacio al descubrimiento y al encuentro con lo otro, se inauguraron el asombro y la novedad. Asimismo, el encuentro con experiencias del

mundo ajenas hizo posible la comunicación. Con las lenguas se multiplicaron las perspectivas espaciales y temporales, pero también experienciales. Cuando el hombre habla, expresa sobre todo su circunstancia, única e irrepetible, su particular relación con el mundo referido.

La experiencia humana dejó de ser un hecho de facto; creció en el ir y venir de las palabras. Las palabras crecieron en el ir y venir de los hombres entre otros hombres. Los hombres crecieron porque el mundo fue ampliándose en el ir y venir de las palabras con su cúmulo de circunstancias.

El hombre organiza su mundo en órdenes del lenguaje, pues no sólo lo describe, sino que lo hace actuar: interrelaciona unos objetos con otros, los analiza, los agrupa en categorías, los incluye y los excluye desde una cierta perspectiva. Les concede cierta lógica. El hombre se coloca en el centro de su alrededor gracias al lenguaje, pero ese alrededor siempre es incompleto porque el lenguaje mismo ha quedado roto luego de Babel.

Esa insuficiencia lingüística determina la incapacidad humana para relacionarse con las cosas de manera unívoca, fidedigna. De esta manera, el hablante reconoce que dichas cosas tienen también relación con otros, con otras lenguas y culturas, otros modos de habitar el mundo. Así, en el encuentro con el otro delante del objeto mismo, con la visión otra, diferenciada, la palabra restituye su diversidad babélica, se personaliza al tiempo de multiplicarse.

Con la maldición babélica se retiró del lenguaje la armonía divina y se volvió difícil percibir la unidad universal. La palabra se volvió un cauce seco, el surco que trazó en su retirada el ser divino. Y lo que de hueco quedó en las palabras es una marca que la liga con el inicio, con la nada primordial, con la materia sobre la que actuó la voluntad divina. El lenguaje encarna desde entonces el conflicto entre la existencia y el vacío, es la alteridad de lo que Todo se nutre.

Ese vacío en el que dios ya no se expresa, de donde dios se ha retirado, es el lenguaje humano después de la Babel. Así como el hombre ha de cargar con su pecado original, lo mismo la palabra. El lenguaje quedó roto, lleno de porosidades por donde la cosa, en algún momento, se escapa.

La palabra evoca, llama a la cosa hacia la página, pero la cosa ya no viene: escribimos y, en la página, queda inscrito el vacío. Por los vacíos que la palabra tiene se hacen presentes las falencias humanas. Como lo hizo Orfeo al asirse de la pérdida de Eurídice; él sentía en el puño la forma de la mano amada, pero ya no la mano.

Reconciliación con la ausencia y no solución de la ausencia, la poesía se nutre lo mismo del vacío que de lo real. El poeta:

Quiere la realidad, pero la realidad poética no es sólo la que hay, la que es; sino la que no es; abarca el ser y el no ser en admirable justicia caritativa, pues todo, todo tiene derecho a ser hasta lo que no ha podido ser jamás ... El poeta no teme a la nada. (Zambrano 23)

Lo que María Zambrano refiere como «lo que no ha podido ser jamás» es potencia del lenguaje, puesto que se encuentra en los horizontes imaginativos del poeta; lo ha sido desde siempre, aunque no se haya desplegado del todo en el plano de los tiempos.

La palabra en reconciliación con su vacío, la poética, se abre al diálogo, busca su complementariaedad, aunque esta sea parcial en el caso de la comunicación humana. Cada hombre vive sus propias circunstancias; en la poesía hay destellos de comunión, no en la identificación de las similitudes, sino en el reconocimiento de las diferencias. De esta manera, la poesía nos impulsa a certificar que somos otros al interior de nosotros mismos: Babel diversificó el mundo exterior, lo mismo que el interior.

La palabra se desborda precisamente a causa de su incompletud. Antes de Babel, la dualidad significado-significante era unívoca, indisoluble y armónica, puesto que no era dualidad sino una muestra de la palabra divina que implicaba a todo en una unidad. La distorsión de los fonemas enfatizó un aspecto del lenguaje, su materialidad, su forma: ritmo, tono, tesitura. La confusión de lenguas agregó materia al mundo; materia sonora y materia visual.

La palabra poética asume su vacío, lo purifica como en un parto, es don de la agonía. Al evidenciar la forma, la materialidad del lenguaje, también muestra su inevitable marchar hacia el vacío. La palabra poética presentifica la ausencia en el hombre. Esta incompletud hace posible la peculiaridad de la experiencia y la individualidad.

Oculto y develado, detrás de la palabra poética, lo nombrado pospone su rebeldía. Lo que se nombra, parece manso, le crece un asidero por un lado y se deja colocar en ámbitos que no le son afines: enraíza en el papel y en la voz; florece y es habitado por un preciso catálogo de aves. Nombrar poéticamente es poner un asidero en los objetos. Compartir el nombre ya es tender un puente, compartir un descubrimiento: comunicación y comunión. El asidero, y ya no meramente el objeto, es el espacio del encuentro.

Apropiación del mundo percibido mediante las palabras, el texto se transmite de lector en lector; se actualiza, se corrobora y se invalida, de lector en lector; se hacen apropiaciones distintivas. El poema distingue y demuestra la relatividad de lo absoluto, enfatiza lo efímero, se conforma con la frágil unidad momentánea de las cosas con su nombre y con algunas de sus partes. El poema no puede hacer más.

Escribir lo que «no ha podido ser jamás», como recuperábamos de María Zambrano, es doble concreción: del futuro y del origen. Es restitución de lo extenso en lo puntual, del nunca en el siempre. Y, en el lector del poema, es intuición de plenitud, frágil y momentánea. Porque el poema no puede hacer más.

La poesía da luz en la orilla donde el mar se ha recogido, revela que la sal guarda allí algo más que una ausencia de humedad. Al poeta corresponde mantener esa luz encendida; vela por mayores indicios de lo que se ha perdido y los ofrece como quien ofrece la ausencia.

Los espacios del lenguaje también abren, como cuñas, mi receptividad. El texto poético formula preguntas que no debe responder el autor, sino el que lo recibe; el autor es siempre el primer lector, nunca el último. Cada lectura es una creación del poema: autor y lector en el tálamo del texto. Cada poema es la potencia de sus silencios. Cada lectura es

la cinética del callarse para reconciliarse con la incompletud.

El lector es quien consolida, momentánea y frágilmente, la unidad de las cosas con las palabras y de las cosas con algunas de sus partes. El poeta somete su autoridad, inmola su poder creador para entregarse a su prójimo, del otro lado de la página; sólo las palabras dicen de sí mismas el relato: «El ser del lenguaje no aparece por sí mismo más que en la desaparición del sujeto», dice Michel Foucault en «El pensamiento del afuera». Las palabras del poema ponen todo el énfasis en sí mismas, no para que el lenguaje se identifique consigo mismo, en redundancia soberbia, sino para evidenciar que incluso en ese fenómeno —el de autonombrarse, nombrar el objeto que ya es la palabra— el lenguaje es un instrumento defectuoso, una herramienta repleta de vacíos.

El poema, apropiación del mundo percibido, aparece nuevamente como manifestación de la agonía del todo con la ausencia. Destello de armonía que se activa en la interpretación y que es únicamente en el ámbito de lo otro. María Zambrano, al comentar la noción de armonía en Heráclito, afirma que «la unidad jamás es completa, porque ha de ser referida continuamente a ‘lo otro’», y agrega: «Lo que es hace alusión a ‘lo otro’ que él es, y aún a lo que no es, sin más» (29).

¿Qué es eso que habita a quien experimenta el fenómeno poético? Esa plenitud es la aceptación de que de la misma manera que el hombre ha quedado abierto al mundo, herido, así también el mundo ha sido abierto al hombre por intermedio del lenguaje. Lo que consigue la palabra poética es inducir la auscultación propia, sentir el afuera que se lleva dentro, propiciar el extrañamiento de sí mismo, los propios vacíos y, en última instancia, ya cargado por el magnetismo, abrirse al diálogo y al encuentro.

Si el poema se constituye con palabras que salen de sí hacia otras palabras, cada lectura es el tránsito hacia un texto nuevo: texto que desborda las letras y se expande por la relación que cada lector atribuye a la palabra con las cosas y con el universo.

II

*Desbautizar el mundo,
sacrificar el nombre de las cosas
para ganar su presencia.*

Roberto Juarroz

Ir de un lenguaje a otro es una circunstancia radical para la lectura literaria y también para la creación. Lo que el traductor hace es compartir su particular concreción del poema, su entendimiento de lo que el poema es y hace presente. Sobre todo, atiende a sus balbuceos, a lo que en sus circunstancias se presenta vacío, a lo que ahí no ha logrado decirse de mejor manera que callándolo.

La dificultad radica en aprender a callar de una manera otra; en aprender a hacer del vacío y lo que está oculto al otro lado de las palabras una experiencia común, imantada; una experiencia que se transmita por una larga fila de inspirados, de hombres dispuestos a abrirse a una experiencia de otredad. El traductor pone al alcance de otro los vacíos de otro, pero no puede evadir los intersticios propios. El nuevo poema ha de ser una superposición de voces, un ejercicio de fuga que habrá de redituarse en una nueva melodía.

El traductor asume un rol mediador entre dos seres que sufren por lo ausente; el texto que entrega a ellos, a autor y lector, es una manera particular de reconciliarse con la separación de la realidad y, al mismo tiempo, es una nueva parte de la realidad. Sin embargo, este ejercicio creativo no puede darse en el vacío. Si todo hombre está inmerso en un complejo sistema de transferencias culturales, quien mejor debe asimilar estos procesos de intercambios es el traductor.

Los idiomas muestran el reflejo y el flujo de las sociedades; el habla, el ejercicio que cada individuo hace de la lengua, sea escrito u oral, revela la desconfianza que cada quien siente hacia las palabras y hacia la coherencia de la realidad que, mediante el lenguaje, ha sido construida. Al utilizar el

idioma y al reflexionar sobre dicho uso, o al encontrarse con una lengua extraña, el hombre descubre la orilla de sus oquedades.

Cada palabra hace mundo de una manera particular, pues modifica las circunstancias de aquel que la enuncia y lo mismo de quien la lee, y así brinda espacio para que la conciencia interactúe con ella. Cambiarla, como lo hace inevitablemente el traductor, implica que su actuar sobre la realidad sea también otro. Albercht Fabri aseguró: «No se traduce lo que es lenguaje en un texto, sino lo que es nolen-guaje» (cit. en De Campos 185). No entiendo esta frase sólo como una defensa de la materialidad del lenguaje — tal lo hizo Haroldo de Campos —, sino también como un llamado a la vida social, a la interacción que cada una de las palabras del poema tienen con el resto de las instituciones sociales.

Lugar común es afirmar que el traductor se pliega, se pone humildemente al servicio del texto que traduce, que asume la jerarquía autorial como una verticalidad inapelable. el hecho es que los traductores ocupan un puesto privilegiado: habitantes de frontera, de un espacio entremedio, su lectura escribiente les permite vivir una realidad plural: pensar lo que otro, decir lo que otro y actuar según la estructura de valores de otro, sin renunciar a su pensamiento, su lenguaje y su peculiar manera de ser él.

A través del traductor, las palabras son puentes que no sólo comunican, sino que brindan comunión momentánea y frágil entre dos visiones de mundo distintas. La traducción es un puente que une lo original con lo original. Traducir es poner un escalón más en el trayecto de la semiosis infinita que da tanta vida a la poesía. Es un ejercicio que abre caminos, pues a los vanos del poema original se suman los de la lengua de la nueva versión.

Llegar a un texto que está fijo, al que nada debe moverse ante el peligro de hacerlo caer. Sacarlo de ese espacio, de esa sangre, para llevarlo a un lenguaje nuevo con las implicaciones vitales que en dicho tránsito ha puesto el traductor. Hacer vivir al nuevo poema en sociedad hasta que se declare muerto de sueño. Entonces, cuando ya no cumpla con las necesidades éticas y estéticas de las nuevas generaciones, deberá

dejársele a un lado y emprender el riesgo de una nueva traducción.

Las palabras expresan a quien las emite. Ellas llevan también, incrustadas de una manera subrepticia, las circunstancias de quien las emite; si el mundo se hace con las palabras, no hay palabras despojadas de mundo. Así, cuando el traductor pone las palabras de otro en las propias, algo de su propio mundo se está sumando al de aquél. Y en el caso de los traductores esto es inevitable.

Si el autor original ha puesto en un poema su particular carga vital, carga vital pondrán también quien lo traduzca y lo hará quien lo lea en última instancia. No la musa, de la que habla Sócrates en el *Ión*, sino esa vivencia, ese roce entre distintos mundos que queda vibrando en las palabras, posee una carga magnética, y así puede transmitirse «a otros su entusiasmo y se forma una cadena de inspirados» (Platón cit. en Viñas Piquer 41).

Pensar que el autor traducido influye en la obra de quien realiza la traducción es una verdad de Pero Grullo. Lo interesante es que deberíamos considerar la injerencia de un modo pluridireccional: los traductores no solamente conceden vitalidad hacia el futuro, sino también hacia el pasado al establecer vínculos y similitudes entre dos tradiciones. Yendo un poco más allá, considerando que cada palabra y cada estructura lingüística es un hecho histórico, al traducir un poema lo hacemos objeto de un devenir que le es ajeno, de un pasado lingüístico y una genealogía poética que no poseía en el original. La influencia literaria no puede entenderse en un solo sentido. Es multidimensional: se expande hacia el pasado y el futuro, y hacia otras lenguas.

Al comportar todas las lenguas una representación de la realidad que es intraducible en su integridad, toda traducción supone la creación de textos que interiorizan la polémica y controversial superposición de visiones de mundo. Cada una de las versiones implica la discrepancia entre dos cosmovisiones que son irreductibles. Lo que el buen traductor agrega es, fundamentalmente, una tensión que no puede ser disuelta. En este sentido, el nuevo texto sería más rico que el original, siempre que se encuentre con un lector lo suficien-

temente sensible para identificar la heterogeneidad, el dialo-gismo inherente. Y sensible para ser atraído por ese nuevo abismo, esa nueva incisión que el traductor ha dejado allí.

Ahora, si la traducción se erige como una herramienta mediante la cual las tradiciones literarias son reformuladas, desde el presente hacia el pasado y el futuro, también podemos entenderla como un mecanismo que nos permite apreciar el arte, no como una secuencia de sucesos, obras y autores, sino como la continua vigencia, la «ahoridad», tal como lo sugiere Haroldo de Campos:

La traducción — vista como práctica de lectura reflexiva de la tradición — permite recombinar la pluralidad de los pasados posibles y presentificarla, como diferencia, en la unicidad hic et nunc del poema postutópico. (47)

El poema es siempre permanencia, dado que apela al aquí y ahora de su lector, lo mismo que busca satisfacer una necesidad de encuentro entre el poeta/traductor y sus circunstancias. Los vínculos que establece con el pasado y el futuro son ajenos a la razón: son selectivos y transformadores.

Los espacios del lenguaje también abren, como cuñas, la receptividad de quien traduce. El lenguaje escribe en quien escribe; el lenguaje traduce a quien traduce. El traductor ocupa un espacio entremedio y tiene la posibilidad de imaginar un mundo nuevo a partir de las visiones que en ese ámbito confluyen. Lo primordial para el poeta que ocupa esta posición es romper la jerarquía, asumir la insolencia del salvaje que, por derecho propio, se considera parte integral del universo. El traductor tiene el derecho de asimilar, en una orgía sin culpa, aquello que le parezca extraño o ajeno. El consumo de poesía, no obstante, no produce saciedad, sino vacuidad; hace remontarnos a instancias míticas o prelingüísticas: abandonados por dios o arrancados de nuestra madre. No hay poema más hermoso que el llanto, ¿algún poeta se habrá atrevido a traducirlo?

El lenguaje no puede ser visto como un valor de cambio que deba ser vigilado y normado para evitar un fraude

— mucho menos esa creación radical del lenguaje que es la poesía —. Por el contrario, por medio de la interpretación, e incluso de las lecturas erróneas, las obras literarias se revitalizan; lo mismo que el lenguaje cotidiano y las estructuras de pensamiento. Es por ello que cada generación debe traducir a sus clásicos según sus propias urgencias expresivas, en apego a sus propios anhelos.

Referencias

- De Campos, Haroldo. *De la razón antropofágica y otros ensayos*. Trad. Rodolfo Mata. México: Siglo XXI, 2000.
- Foucault, Michel. «El pensamiento del afuera.» *Monoskop*. [Consultado 16/10/2024] https://monoskop.org/images/d/d8/Foucault_Michel_El_pensamiento_del_afuera.pdf
- Mujica, Hugo. *Flecha en la niebla. Identidad, palabra y hendidura*. Madrid: Editorial Trotta, 1997.
- . *Poéticas del vacío*. Madrid: Trotta, 2002.
- Viñas Piquer, David. *Historia de la crítica literaria*. Barcelona: Ariel, 2007.
- Zambrano, María. *Filosofía y poesía*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.



Semblanza de Agustín Abreu Cornelio

Es doctor en Literaturas Hispánicas por la Universidad de Pittsburgh. Ha publicado los poemarios *Estas ruinas* (Premio de Poesía Teodosio García Ruiz, 2024), *Extinción del testimonio* (2013) y *Los reflejos* (2009), entre otros; además, ensayos suyos fueron incluidos en los volúmenes *En la orilla del silencio. Ensayos sobre Alí Chumacero* (2012) y *Traductor del silencio: acercamientos críticos a la obra de Manuel Iris* (2022). Seleccionó, tradujo y prologó *La carne es lo menos herido*. Antología de poemas en prosa de Cruz e Sousa, que publicó en 2025 la Editorial Pharos; también ha traducido a Gertrude Stein, Claudia Rankine, Nelson Rodrigues, Ruth Stone, entre otros. Actualmente es jefe del Departamento Editorial de Revistas Científicas de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.



Donde la palabra se encuentra con el agua

Antología

Fue editado por la
Universidad Olmeca

Su maquetación y diseño se concluyeron en la ciudad
de Villahermosa, Tabasco, México
en noviembre de 2025.

Para la composición del texto se utilizó la fuente
Book Antiqua de 10, 11 y 30 puntos

